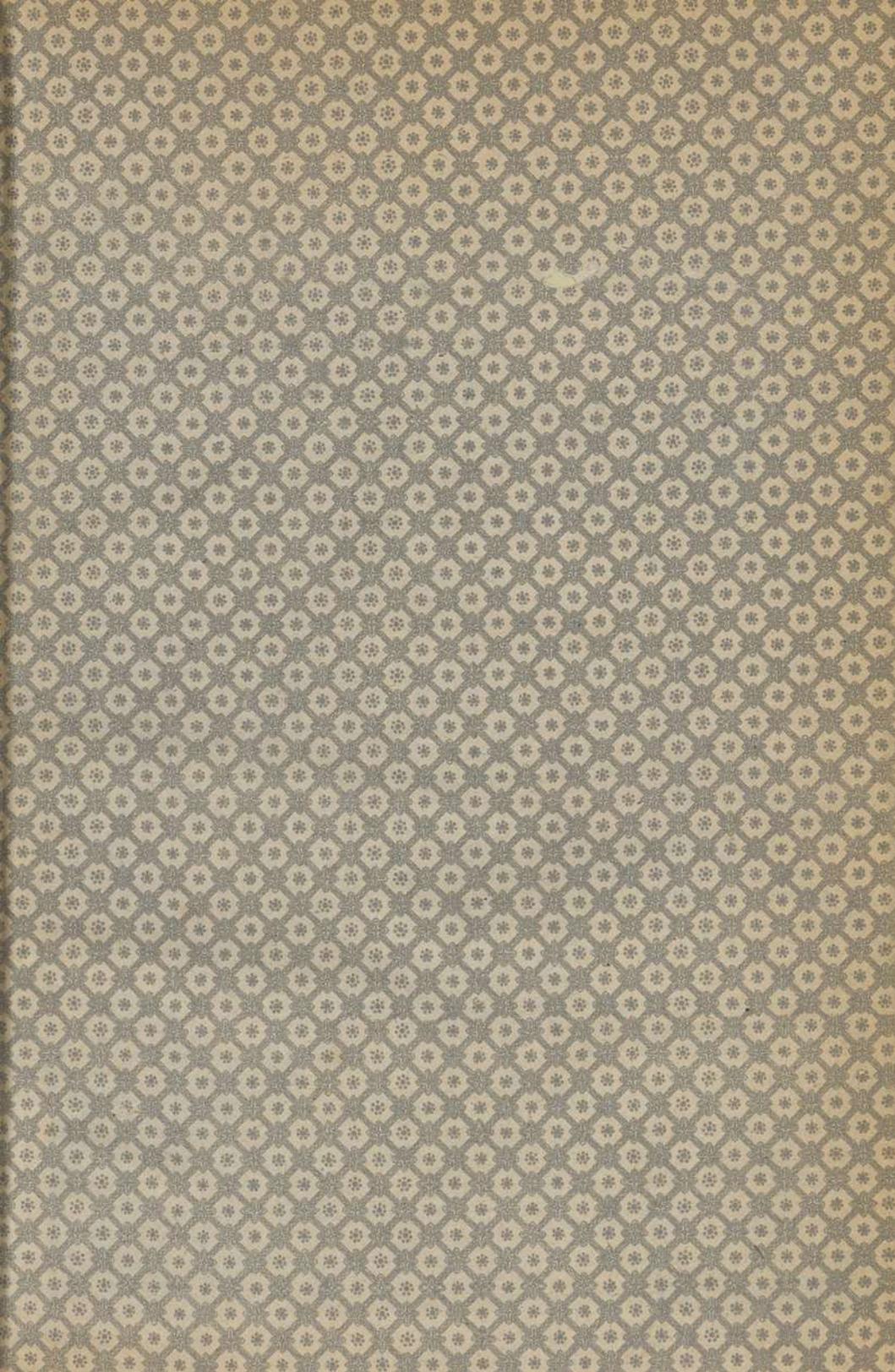


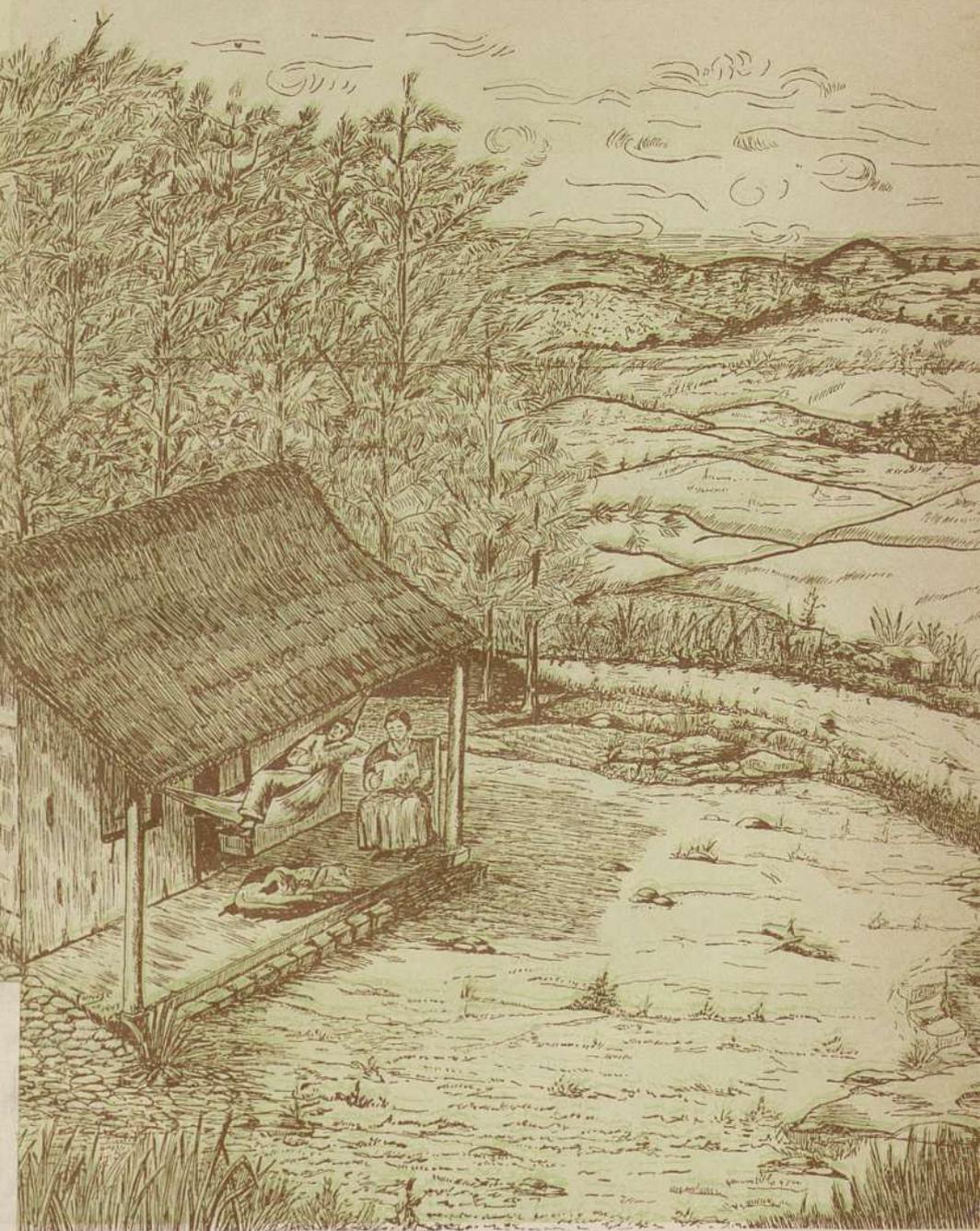
BDH







# El Cultivo de la Pereza



TIPO-LITO. ART.

Arturo Oqueli



Al Sr.  
A. Sánchez Bella,  
Cordialmente  
Arturo Oqueli

Arturo Oqueli

El

Cultivo de la <sup>Puras,</sup> Pereza

Tegucigalpa,  
enero

1949

DERECHOS LEGALIZADOS DE  
ACUERDO CON EL ARTICULO  
QUE PROTEGE A LOS AUTORES.



RETRATO A PLUMA, DEL AUTOR, HECHO POR EL  
PINTOR HONDUREÑO JULIO AMADOR.



La risa es la aritmética elemental; el humorismo, el álgebra; y la ironía el cálculo infinitesimal.

*PITIGRILLE.*



## Finalidades

*"El Cultivo de la Pereza" no es más que un breve apunte recogido del ambiente hondureño para solaz de los mismos hondureños y de extranjeros acuciosos que quieran conocer una de las facetas de nuestra idiosincrasia.*

*Al mismo tiempo, deseamos que el libro sirva algo así como puntal a los jóvenes de latente ingenio, que pudiendo, no se atreven a escribir en forma sencilla y amena, sin descender a la trivialidad, a la monotonía.*

*La recompensa es muy grata cuando se logra que el lector, poco a poco, entregue la atención a cosas que le embriaguen el espíritu, olvidándose de sí mismo: he ahí el mejor tributo al autor.*

*No debe desalentar el hecho de haberse publicado en el país, apenas tres obras de esta clase de literatura, dichosamente valiosas. Contamos con "Fábulas" del poeta laureado Luis Andrés Zúniga, figurando en el puesto de avanzada en la batalla por la superación de las letras americanas, libro de calidad y bello estilo al hacer prodigios de transmutación desde su escenario malabarista, al mostrar los mil aspectos ocultos de los hombres y las cosas a través de la psicología humana; "De Punta y Filo", del chispeante Fernando García, más conocido por Duende Rojo, nombre muy sonado en el mundo dual del consonante; y "Teatro Infantil" del escritor humorista Alonso A. Brito, quien posiblemente, al llegar al cielo, se congració con Dios improvisándole un epigrama a María Santísima, tal la sal del dueño del salero.*

*Por consiguiente, una de nuestras finalidades está en estimular a las gentes que nacieron con el don de la gracia, a cultivar el género festivo, rico filón inexplorado, de recursos inagotables.*

*¡Acuña el oro de tu buen humor y gózalo en la feria de tu propia risa!*

ARTURO OQUELI

Tegucigalpa, D. C., Honduras,  
Centro América.



# El Cultivo de la Pereza



El oro se prueba con fuego, la mujer con  
el oro, y el hombre con la mujer.

*QUILON.*



## *La Botija del Muerto*

UN muerto que andaba penando en pleno día por el valle de Olanchito, reveló al señor Conce Ganzúa el sitio donde en vida enterrara una botija conteniendo cien onzas de oro.

Armado de una piocha esperó la llegada de la noche para sacar el tesoro. Casi a flor de tierra, a dos pies de profundidad, al pie de un viejo naranjo silvestre, encontró la botija y cargó con ella.

A medio caminar, un bandido que lo acechaba le encañonó el revólver, quitándole la fortuna.

El muerto, testigo de la escena, se indignó tanto del vandálico atraco, que disfrazado de policía se interpuso al paso del perverso.

El ladrón, al verse sorprendido por el esqueleto uniformado, no sólo soltó el entierro, sino que también arrojó la pistola, ganando en loca carrera los platanares vecinos.

Nuevamente el fallecido entregó a Ganzúa la botija, más el arma, aconsejándole marcharse calladito. Mira —dijo— eres pobre y tienes muchos hijos; si otro malvado te quiere hacer daño, no lo vayas a fusilar, asústalo con disparos al aire.

Ganzúa, muy agradecido, preguntó el nombre que en esta tierra llevara su generoso protector.

—¿Para qué lo quieres saber?

—Para mandar a decirle nueve misas rezadas y nueve responso cantados.

El difunto, antes de responder, se rió de manera sarcástica, al extremo que el eco de su risa se extendió por la inmensidad de la llanura.

Al abrir las mandíbulas, enseñó en perfecto estado de conservación los puentes de oro que el doctor Clavija le trabajara.

—Mira, Ganzúa, no pienses que me río de tí, me río de tu inocente ocurrencia. ¡Ni en pinol me tragan los curas!

—¿Existirán motivos poderosos?

—Sencillamente porque en vida nunca asistí a misa ni regalé limosnas. Yo únicamente me ocupé de extorsionar con el tanto por ciento a las víctimas que me solicitaban préstamos.

—¿Entonces usted es don Gabino?

—Para servirte.

—Gracias, don Gabino; muchas gracias.

—A mí nada tienes que agradecer. No hago más que devolver lo tuyo. ¿Recuerdas la casita que te quité por una carga de maíz?

—¡Claro!

—Pues esta botija, es el pago del capital y sus intereses de aquella injusticia.



Ganzúa, al llegar a su casa, lo primero que hizo fué recomendar a su esposa la mayor discreción, a fin de lograr comerse sin envidias ni zozobras, el orito que la Providencia les deparara.

La mujer, al prometer echarse un candado en la boca, expuso:

—Solamente voy a comprar treinta vestidos. Con el resto veremos qué negocio emprendemos.

—¿Para qué tantos?

—Cinco para cada hijo. Mira que están a lavar y poner.

—Está bien, mujer; pero anda con el pico cerrado.

—Creo que van a ser cuarenta; nosotros también estamos desnudos.

—Haz lo que te parezca, pero no vayas a soltar la lengua.

En el comisario de la compañía frutera pidió seis aguas gaseosas para sus seis hijos. Al pagar no le cupo hacerlo prudentemente, sino que aprovechó la numerosa clientela para arrojar con gran alboroto una onza sobre el mostrador.

Un gringo, que hacía el inventario del negocio, al ver la onza de oro como salida del cuño, le preguntó si tenía más.

—¡Tengo para empedrar la plaza de la estación!

—All right.

Y así se fué por tiendas y pulperías repitiendo los mismos desplantes, y de paso contando en confianza a los padrinos y madrinas de sus hijos, la procedencia del dinero.

Al retornar de compras, ya obscureciendo, un soldado de la comandancia local llegó a citar a su marido.

—¿Y para qué lo necesitan?

—Para una declaración.

—Mi marido nada tiene que declarar; el pobre sólo vive encorvado en su trabajo, pensando en los frijoles de sus hijos.

—A mí no me han mandado a dar explicaciones. Si no se presenta tendrá que aguantar las consecuencias.

—¿Y para cuándo es la cita?

—Para hoy a las siete de la noche.



El jefe del resguardo, al ver entrar a Ganzúa, sin más trámite le espetó:

—¡Parece que vos haces honor a tu apellido!

—¿Introducción a mi biografía, coronel?

—¡Sí... introducción! Y ese oro que anda gastando tu mujer, ¿de dónde lo cogiste?

—Economías, coronel, economías.

—¿Economías? ¡Pero si dice que tienes más plata que el Gobierno!

—Fantasías de mujer, coronel, fantasías.

—Ten seguro que no me interesa saber la procedencia de tu fortuna. Si necesito averiguar hasta dónde es cierto la participación de un policía en el mejunje.

Como Ganzúa no intentara defenderse, el funcionario continuó:

—Queremos sentar un precedente para que los pícaros comprendan que el principio de autoridad no es una merienda de negros.

Ganzúa continuaba encerrado en su mutismo y el comandante dándole rienda suelta al sermoneo:

—A vos te he tenido como hombre honrado; mucho te perjudicará apañar a sinvergüenzas.

—Vea, coronel, le confesaré la verdad, porque no quiero vaya a castigar a inocentes.

—Es lo que te conviene. Me duele que se dude de tu honorabilidad.

—Lo del policía es cierto, pero no era de este mundo; era alma ya juzgada de Dios.

—¡Magnífico! Ya dictaré mis disposiciones para saber a qué atenerme. Quedas en libertad provisional.

Inmediatamente, el comandante local giró circulares a las aldeas, ordenando prender a todo individuo que anduviera mixtificando a la autoridad, recomendando de manera especial, la captura de un sujeto vestido de policía, por tratarse del falso *gendarme*.

Quiso la desgracia que por los lugares donde no existen oficinas telegráficas, recorría los caseríos un hombre empolainado, de kepís, portando rifle nacional, cobrando, sin talonario, impuestos de caminos y escuelas.

Los alcaldes auxiliares, con la orden en la mano, lo acorralaron, y como no pudiera justificar su misión, lo ataron codo con codo, conduciéndole a la cárcel.



El comandante con la cara fruncida, lo interroga:

—Y el uniforme, ¿qué lo hiciste?

—Nunca he tenido. Solamente polainas y esta gorra con visera de kepis.

—En cuanto te cuelguen ya vas a decir dónde lo dejaste, después del robo de cien onzas de oro con Ganzúa.

—No conozco al tal Ganzúa y menos el color del oro.

—Pues ya lo vas a conocer. A ver —ordenó— llamen al hombre de la botija.

Ganzúa, al quedarse mirando embebedo al falso cobrador, el comandante lo sacó de su abstracción:

—¿Este fué el individuo que viste disfrazado de policía?

—Le juro, coronel, por estas cruces y las cenizas de mi madre, que se trata de un muerto uniformado, del reino celestial.

—¿Y cómo era el tipo?

—¡Más alto que este pobre diablo!

—¡Animal! Comprende que los brujos se estiran y encogen, según las circunstancias. Vos, Ganzúa, por mentiroso, tienes diez onzas de multa y a este pícaro que lo metan al cepo y no lo saquen mientras no diga dónde dejó el uniforme.

El secretario, que hacía la patarata de levantar autos, insinuó que se exigieran cinco onzas más para repartirlas entre los auxiliares que tan rápidamente habían cooperado en la captura del impostor, encargándole a él, la distribución.

—Muy bien. Entonees en vez de diez anote quince.

De pronto interrumpió el cabo de guardia:

—¿Y yo, coronel? ¿Y nosotros? —agregaron los soldados de guardia—.

—Que todo eso lo arregle el secretario —sentenció el funcionario—.

Total: Ganzúa, al ser despojado por la autoridad, solamente le quedó el gusto de agregar un capítulo más a sus tristes recuerdos.



Una mañana, muy temprano, que Ganzúa no tenía con qué desayunar él ni sus hijos, en el corredor de su rancho se le apareció don Gabino, por última vez.

—Ve, Ganzúa, no te aflijas con tu suerte: el que nace panzón aunque lo fajen.

La esposa, que desde la cama escuchó voces, inquirió:

—¡Ganzúa!

—¿Qué pasa?

—¿Con quién platicas?

—Con el muerto.

—¿Qué dice?

—¡Qué mi desgracia se la debo a la tontería de haberme casado con mujer habladora!

La gloria es el sol de los muertos.

*BALZAC.*



## *El Maestro de Tasajera*

**C**UANDO el pobre maestro, muerto de hambre, ambulaba por la calle de los ricos, hería el orgullo de los perros comidos.

Tenía que recurrir a las piedras para defenderse de las dentelladas. ¡Lo veían tan mal vestido!

El cretinismo ensoberbecido al verlo pasar, decía que en su juventud había descollado como el primer pedagogo de su tiempo, pero que ahora sólo servía para portero.

No extrañó la apreciación: los preñados de nimiedades gustan más de la fruta verde a la sazónada.

Sintiéndose abatido con el espectro de sus desventuras, buscó el apoyo de su antiguo alumno, el ministro del ramo.

Al verlo andrajoso, se le vino a la mente, más por gracejada que por atención a sus méritos, mandarlo a Tasajera, infierno desconectado de los pueblos urbanos.

—Allí nada tiene que hacer, únicamente enseñar a leer a los niños de los indios.

Según el funcionario, enseñar a leer es lo mismo que lavar platos. ¡Ah, señor ministro! Desgraciados los pueblos que carecen de facultades para seleccionar a los mentores.

El viejo maestro, con el hambre en el estómago y el apostolado en el corazón, marchó al destierro llevando a cuestas el libro de anotaciones.



Diez jornadas a pie tardó en llegar a su destino.

Abrió la matrícula bajo la catedral de antiquísimo tamarindo.

En los primeros cinco días ningún niño se presentó.

Al sexto, una mujer como de treinta años, saludó y se sentó:

—¿En qué puedo servirle, señora?

—Vengo a matricularme.

—¿A matricularse?

—Aunque le extrañe, a eso vengo.

—Dispense, pero esta escuela es para niños y niñas de cinco a diez años, no para mujeres de su edad.

—No se equivoque: yo no vengo aprender a leer.

—¿Entonces, a qué viene?

—A que me enseñe a *hornar* pan.

—Bien, usted me ha visto cara de cocinero, ¿verdad?

—¡Y no es *maistro*, pues!

Amargado por lo que él juzgó incomprensión, cerró con violencia el libro y se fué a visitar casa por casa, explicando nuevamente los pormenores de su misión.

Después de quince días de fatiga, por encrucijadas y callejones del caserío, excitó por última vez a los padres de familia, mandar a sus hijos a la Escuela del Tamarindò, nombre que se le dió desde un principio.



Como la gran aula carecía de puertas, teniendo por techo la sombra de espesas ramas y por asientos las raíces del árbol, de lejos columbró a varias personas que se acercaban.

Quiso distinguir caras conocidas, reconociendo a la destazadora de cerdos, la vieja más robusta de la aldea, acompañada de otra mujer más joven, seguida de un indio cargando vistoso loro en su estaca.

Al rodear el cajón que le servía de cátedra, pensó en alguna murga ambulante, no en escolares.

Harto de sinsabores, luego se puso a la disposición:

—¿Qué desean, señores?

La gorda, habló primero:

—Me urge matricular a la niña.

—¿Qué niña?

—¿Es tuerto que no la ve a mi lado?

—No se puede; está demasiado crecida.

—Si no la traigo a que aprenda a leer.

—Entonces, ¿a que se case conmigo?

—¡Respete, viejo malcriado, soy su abuela!

—Concrete, hable claro; no estamos para perder tiempo.

—Quiero que me la enseñe a cortar calzones.

—Bueno, ¿me ha visto cara de sastre?

—¿Y no es *maistro*, pues?

Con la cara avinagrada, se dirigió al hombre:

—Y usted, señor, ¿qué desea?

—¿Yo?

—¿Y quién otro?

—Vengo a proponerle este loro.

—¡Para qué diablos lo quiero!

—Es muy inteligente; entiende el dialecto de los indios y habla bastante español; puede servirle de intérprete.

—Bueno, en verdad, ¿ustedes me han tomado por algún monigote?

—No hemos dicho bigotes.

—¡Lejos de aquí, no más boberías!

Por primera vez sintió el apostolado hecho mostaza metérsele en el corazón.



Cavilando sobre las tendencias, inquietudes de aquellas gentes, su presencia la consideró demás.

¿Con este libro en blanco, qué hago? —se preguntó—.

Sobre las páginas impolutas dictaría su última lección, y emprendió el camino de regreso en busca de su «protector».



—Tasajera, señor ministro, no necesita de maestros.

¿Los chicos muy adelantados, eh?

—Lo ignoro.

—¿Y no viene de allá?

—Sí, pero no ví niños.

—No comprendo.

—Pues comprenda que los textos en manos de profesionales que no saben leer, no ha hecho más que destruir la última ilusión de los pueblos: defraudados con el anuncio de tanta sabiduría ya no quieren libros, quieren herramientas.

Cada cual labra sin saberlo la cruz  
de su existencia.

*MAETERLINCK.*



## *Los Ahorros del Diablo*

**D**ON Basilio, miembro importantísimo de la tertulia, no falta todos los días y parte de las noches, jugando tute y tragando ginebra. Por eso se casó con mujer rica y fea para evitarse la molestia de trabajar.

No en balde lleva el apellido Orlov, mercancía cotizable a elevados precios en las democracias rústicas.

Tanto su esposa como su cuñada, pasan por las mujeres más religiosas del pueblo.

Después de las plegarias se entregan a los quehaceres domésticos, aunque la verdad es muy distinta: adoran a Cristo —según don Basilio— a su manera, por vía de negocio. Nunca se les ha visto hacer una caridad. Pretextando continuos gastos en tantos novenarios como días tiene el año, con cohetes y música sagrada, aparentan vivir en ayunas, providencialmente.

Las dos hermanas sudan la gota para que don Basilio —orgullo de la casa— lleve con distinción la presidencia vitalicia del club de los holgazanes.

A él no le importa el qué dirán de las personas que se mantienen con jornal honrado. Con la mayor desfachatez derrocha los haberes de su mujer, sin olvidar sus mordidas a la masita de la cuñada.

Pregona, que las indias alucinadas, deben pagar caro el lujo de llevar apellido extranjero, máxime tratándose de los ilustres. La aristocracia Orlov, en Rusia, sólo se mezcla con la crema de su

misma clase. Al padre de don Basilio se le conoce por el príncipe Ivanovich.

Cuando don Basilio habla de los millones de rublos de su familia, de las cuadras de mármol con mil caballos de carrera, de sus amores con duquesas y marquesas, es de ver con la boca abierta y chorreando baba a los compañeros de taberna.

Únicamente siendo un calavera como él, pudo haberse rebajado hasta llevar ante el altar a una plebeya; aunque no niega se hace pagar bien la pretensión de la mestiza, de tener marido de noble alcurnia.

A su vulgar mujer no le encuentra más mérito, que poseer renta suficiente, como para dar de hartar a cualquier hambriento, de los que vienen a América, en busca de fortuna sin otra recomendación que la falta de escrúpulos.

Don Basilio, cuando llega a la tertulia, lo primero que hace es pedir un trago de aguardiente, escupir en el piso e hincar los dientes a la marqueta de breva, y luego principia a vomitar las cosas privadas que suceden en su hogar.

Para justificar su insolencia, recalca que en Rusia a las mujeres se les trata como muebles viejos, sin consideración, como a bestias de carga. Esta tiranía es la que ha implantado en su casa, herencia del poderoso terrateniente, fustigador de esclavos.

En una ocasión, al referirse a los miembros de su familia criolla, le oí hablar con el mayor cinismo:

—La vieja (su esposa) y mi cuñada, posiblemente trabajan y ahorran para el Diablo, ya que no tienen a quien heredar. Y a propósito, quiero que ustedes sepan que acabo de firmar ante el notario un documento público en el cual renuncio a las migajas que pudieran quedarme. ¡Esto hace un Orlov!, hacer honor a su tradicional delicadeza. (En esos momentos don Basilio escupe una mascada de tabaco, y sin reparar que fué a caer sobre la zapatilla de una dama, continúa):

«Entre sus varios negocios, mi cuñada explota una capilla privada en la cual tiene expuestos muchos mártires, principalmente de los que no figuran en los almanaques corrientes, inventados por ella, no compatibles con el rastacuerismo litúrgico.

«Mi mujer es la que se encarga de renovar el cielo de raso azul y colocar las estrellas de papel plateado, encender los cirios y atender a los incautos que llegan de lejos a pagar su romería trayendo chivos, aves de corral, huevos, cerdos, fuera de los *milagros* de oro y plata, todo para el santo de su devoción.

«Esta capilla produce a mi cuñada tan pingües entradas, que si el Obispo sospechara, ya la hubiera clausurado por la sensible competencia; pero ellas son muy vivas: aparentando sincera religiosidad, se presentan mal vestidas en toda ocasión.

«Con la propaganda que vienen haciendo año tras año, de que todo lo que cae en la capilla es para la casa de niños huérfanos, y que sus santos son más milagrosos que los de la Iglesia, es un río humano que sin interrupción viene de cien leguas a la redonda a encender sus velas y a depositar limosnas a los pies de sus devotos.

«En cuanto terminan las oraciones, mi cuñada tiene el cuidado de recoger los centenares de cabos de candelas para venderlos como reliquias a nuevos romeristas. También a la puerta de la capilla se ven algunos revendedores, quienes recorren las aldeas y caseríos ofreciendo el artículo, principalmente a las embarazadas; éstas, en el momento del parto encienden el cabo para tener a la cabecera, el espíritu divino de San Ramón, protección siempre implorada, para salir con bien del paso de la muerte.

«Pero esto no es todo —prosiguió don Basilio—: es de ver a los romeristas postrados, remontarse a otros mundos en alas de su fe, mientras tanto mi cuñada atisba la manera de soltarles el nudo donde guardan sus ahorros, de vaciarles el último centavo. Su dios vive grabado en la efigie de las monedas, no en el cielo de su corazón.

«Si algún romerista le pide rebaja en el precio de las reliquias, contesta escandalizada, que es pecado; que las sagradas limosnas son para favorecer a los huérfanos y comprar velas a los santos apóstoles, que en los pórticos del cielo tiritan de frío, por falta de una lucesito que los caliente.

«Si por cualquier circunstancia baja de puntos la bolsa de la capilla, mi cuñada explota otro filón: la huerta. Tiene naranjas, zapotes, limones, plátanos y otras variedades.

«En los tiempos de cosecha sale a la calle con un canasto de frutas en la cabeza a ofrecerlas a todo transeúnte; al preguntarle por el precio, contesta, que no valen nada, que el árbol es de las benditas ánimas, y a cambio de un zapote o de una naranja, acepta cualquier limosna para comprar velas a las pobrecitas almas que se consumen en el Purgatorio, olvidadas de los buenos cristianos.

«Y así, con el resto de las frutas, canta la misma tonada, yendo a parar los pesos recogidos a la alcancía de las siete llaves, su única adoración».



Anoche me acosté pensando en don Basilio. Hace cinco días no se deja ver. En cuanto amanezca —dije— preguntaré al conserje del casino, qué le pasa.

—Se despidió a la francesa —me informó el buen hombre—.

—¿A qué hoyo se iría a meter?

—Con don Basilio no caben ni las suposiciones.

—¿Por qué no imaginar que se marchó a su tierra?

—¿A Rusia? No es posible en vista de ignorarse su verdadera nacionalidad.

—¿Será posible que un noble ande mintiendo?

—Cierto. Una noche, en estado de embriaguez, olvidó la cartera. Al registrarla para ver a quién de los socios pertenecía, le encontramos veinte pasaportes falsificados, en los cuales aparecía como ciudadano oriundo de distintos países.

—¿Y se llevaría a la esposa?

—No. En su lugar cargó sus joyas y con la alcancía de la cuñada.

—¿Con razón decía que estaban ahorrando para el Diablo!

Donde hay un muro de bronce para nosotros, suele haber una tela de araña para ellas.

*DIDEROT.*



## *Las Mujeres, como los Santos, hacen Milagros*

**L**A atribulada viuda mandó su hijo a París, para que no «perdiera el tiempo» haciendo versos.

Estudiaría química industrial, pero el muchacho que había nacido para cenar con las estrellas y desayunar con la aurora, una vez en Francia, se olvidó de los textos, entregándose con pasión al vino y a las mujeres. Seguro de contar con un cheque el último de cada mes, alternaba con intelectuales argentinos y brasileros, cubanos y mexicanos.

A medida que se compenetraba del espíritu de la metrópoli, ensanchaba el círculo de sus íntimos con reclutas parisinos.

Con el tiempo, sus invitaciones pasaron del coctel rutinario a bacanales que recordaban la concupiscencia romana.

Un mes faltó el cheque para el pago de sus estudios y gastos extraordinarios. Se suspendieron las disipaciones por mientras se ponía en claro el retraso: su bondadosa madre había cerrado los ojos allá, del otro lado del Atlántico, llevándose a la tumba el consuelo de saber que su Ricardo no perdía el tiempo en los escaños universitarios de la patria chica.

El abogado albacea lo llamó con urgencia, que viniera a recibir seis mil cabezas de ganado y otros bienes rústicos.

Al abandonar París se despidió de los amigos con una cena en el Café Pierrot. A la hora del brindis, el adiós fué tan patético, que dejó entrever su próximo viaje al reino de Dios.

—¿Por qué esa determinación?

—Porque los días los tengo contados.

—¿Muy grande su dolor?

—¡Inmenso! Pienso que la falta de mi madre me ocasionará, cada minuto que pase, una vaca menos. Pronto seré pobre.

—Nombre un mayordomo de su confianza.

—¡Qué mayordomo de la perica! Quiero decir, a mi llegada una vaca diaria para ahogar las penas....



Aunque en la tierra de Voltaire nada aprendiera de química, en cambio, trajo algo más que fórmulas; trajo en la pupila de sus ojos una visión más dilatada del mundo y sus modalidades.

Desde pequeño, en la escuela, se había comportado como el niño más comedido en su clase. Ya grande, con los viajes, lecturas sustanciosas y trato con hombres de letras, llegó a convertirse en un perfecto caballero, de maneras distinguidas.

Era una culta persona que desentonaba en medio de la chusma de su pueblo.

Los vecinos, tomando en cuenta sus dádivas a las escuelas, honradez y solvencia económica, lo eligieron alcalde municipal.

En los comicios tuvo la oposición de los riquitos del municipio. Alegaban que un «pueta» no sirve para nada.

Pero él, una vez al frente del gobierno local, probó todo lo contrario, convirtiéndose en el señor de la iniciativa y los hechos.

Al principio se echó la mala voluntad de los compradores de recibos con un cincuenta por ciento de descuento, suprimiendo el latrocinio y obligándoles a pagar varios años de impuestos rezagados.

Mostrándose sordo a la gritería, siguió adelante y comenzó a poner en práctica muchas de las cosas vistas en París: enladrillar y baldear las carnicerías, construir inodoros en los mercados, pesar la leche, prohibir la venta de carne de cerdo con triquina; echar de los puestos municipales a las mujeres que la policía sorprendiera matando pulgas sobre los platillos de las balanzas, etc., etc.

Mucho gustó un simpático concurso que auspiciara.

La municipalidad premiaría con un paseo a Guatemala y una máquina de coser, a la señorita más pobre y laboriosa de cada barrio, es decir, a la mujer digna que prefiere comerse las uñas antes de observar vida licenciosa.

Resulta, que de una de las triunfadoras, mujer bella y honesta, el joven alcalde se enamoró.

La muchacha aunque pobre, puso reparos a las galanterías del enamorado. Ya sabía que a menudo inclinaba el codo, detalle que la desilusionaba, máxime cuando se le aparecía oloroso a alcohol.



Al entregar el gobierno municipal, con tiempo más disponible, reanudó con más constancia sus devaneos.

Ella, al fin, seducida por sus finezas, logró el poeta fijar la boda dentro del año próximo.

La novia, al acceder, lo hacía por contribuir a la enmienda del hombre descarriado.

El no dejó de ser constante durante el plazo, atento a su cariño y a su guaro.

Vencida la fecha, rogó no prorrogarla, prometiendo disciplinar las copas.

Ella, con su resistencia, estaba dando una lección a las mujeres arrebatadas, a las que se venden al mejor postor. «No me seducen sus centavos —decía— sino ciertas cualidades que lo elevan del nivel común».



Un buen día, sin preparativos, con el traje diario, se casaron. No probó licor durante los primeros veintinueve días.

Al mes, pidió permiso a su mujer recordar la boda con una jarra de vino. «Tómala, hombre, pero en tu casa».

A los dos, a los tres meses, y así en este orden, pretextando festejar el feliz enlace, vaciaba botella tras botella.

La esposa, que en silencio maldecía al señor Baco, muchas veces servía el vino por ver a su marido más amoroso y más locuaz.

Y así como pasan los días, así caminaban los novillos del poeta, del rastro al pozo del vicio.

Cuando no encontraba compradores, cambiaba las reses por aguardiente.

Una tarde, al acercarme a *La Gloria es Beber*, reconocí su voz:

—¡Cantinerero, sírvase otra tanda!

—¡No insistas tomar más —intervino la esposa—, ¿no comprendes el daño que te haces?

—Sólo una copa tomaré, ya no vuelvo a beber.

El mozo trajo el coñac, agregándole ella agua de soda del sifón. El poeta apuró el compuesto marchándose luego con su mujer.

Al salir a la calle lo llevaba sujeto del brazo, procurando interesarlo con proyectos imaginarios; él aparentaba oír, y ella, en su tribulación, suponía alejar murmuraciones....

Días después, en la misma taberna, se escuchaba el conocido estribillo:

—¡Cantinerero, sírvase otra tanda!

En tales ocasiones, como emergida de la tierra, aparecía la buena mujer llamándole a la reflexión, con acento dulce:

—¿Recuerdas, amor, que juraste no volver a beber? ¿No vez que el dolor en el hígado no te deja dormir? Vamos a casa, allá te haré un remedio para ese hipo.

—No te apures, María, es la última copa que tomo.

—Siempre repites lo mismo. Quiera Dios que sea como tú dices: tómala y nos marchamos; estás haciendo un mal papel.

El dipsómano había recibido de sus padres el precioso legado de una buena educación, virtud que no desaparece en los tropiezos de la vida; determinación irreductible, tal el dominio de sí mismo en los arrebatos interiores, o en los instantes de lucha mental. Esta cualidad lo mantenía alejado de la altanería; siempre contestaba con suavidad, dócil a su esposa.

Desgraciadamente, cuando quería encharcarse se olvidaba de las promesas, y el lunes menos pensado, se posesionaba de la cantina.

Unas veces lo retenía la invitación de amigos imaginarios, y las más, invocaba el veneno del falso aperitivo.

Al fin, una de tantas noches que no llegó a cenar, la abatida mujer, sumamente desesperada por los medios empleados para suprimirle el trago sin resultados favorables, dispuso, como siempre, ir a buscarlo a la taberna, pero en esta ocasión llevando un plan preconcebido: al columbrarle con otros amigos, borrachos de ocasión, resueltamente se acercó al mostrador. Pidió una botella de ginebra. Se sirvió la primera copa y al rozar los bordes con sus labios, el esposo espantado se la atajó, preguntándole con extrañeza:

—Esto, ¿qué significa?

—Yo también quiero beber —repuso con calma—.

El marido, un tanto pasado de licor, no perdió la serenidad. Algo perplejo notó que el resto de vergüenza que aun le quedaba, lo sacudía bruscamente, y aprovechando la honda reflexión, se fué callado con su mujer para no volver jamás.



Años siguientes, el dueño de la fonda refería a los parroquianos:

—Perdí el mejor cliente, pero celebro que con ello se haya conseguido el ejemplo de la rehabilitación.



Una de las mayores pruebas de la medianía es no saber reconocer la superioridad donde realmente se encuentra.

*SAY.*



## *El Lado Flaco de la Vida*

**-D**ISPENSE, ingeniero, ¿cuántos años tiene usted?

—Setenta cumplidos.

—Aquí nació?

—No, hijo, en Marcala. Vine jovencito, todavía no era miliciano.

—Ha andado mucho mundo, ingeniero?

—Bastante; con la familia a cuestras y el teodolito de sobornal.

—Su vida de luchador me la supongo interesante, llena de gratos recuerdos.

—A mi edad y con mis andanzas, quién no tiene qué contar?

—¡Si me diera unas notas para la revista!

—Cómo no, hijo; pero ven otro día, hoy me siento fatigado con estos accesos de tos. Así tendré tiempo de revisar la película de mis recuerdos.



—Cuando por primera vez vine a tu pueblo, estreché amistad con un noble amigo. Todavía no se me borra su simpática arrogancia y sus maneras de hombre no común. Tenía como la edad tuya, unos veinte años y se entretenía escribiendo figas, tanto a los terratenientes criollos como a la gentuza de los barrios bajos.

Con la sociedad de entonces, guardo un amargo recuerdo por el profundo desprecio que siempre demostró a mi amigo, sola-

mente porque había nacido con una chispita en la cabeza y una inquietud en el corazón.

Su pasión por el epigrama le ocasionó palos y aislamientos del trato con los burros de plata.

—Cómo se llamaba?

—Su nombre es lo de menos. Se conocía por Vinca. Lo importante está en reconstruir su vida festiva, salerosa; a nadie respondía en serio, todo lo veía por el lado cómico, pero sí, con gracia tan inimitable, que han pasado muchos años y ningún otro compatriota ha logrado superarlo.

A fin de resucitar su figura y darla a conocer a las generaciones presentes y venideras, como intelectual malogrado, culpa de haber desenvuelto su talento en una ciudad con mentalidad de aldea, sin estímulos, juzgo necesario no vayas a perder ningún detalle. Lo poco que tengo presente de la personalidad de Vinca, dará base a su futuro monumento.



—Posiblemente, tú ignoras que cincuenta años atrás, las madres no transigían con el casamiento de sus hijas. Morían dejando la descendencia a la buena de Dios, a la ventura, quizá por los ridículos prejuicios heredados del coloniaje.

Las hijas se resignaban al torturante enclaustramiento; por el hecho de ser mujeres, talvez con mejor comprensión de los hombres, sabían interpretar y compartir el dolor de las madres.

Si alguna vez, una que otra excepción, venía a desentonar la monotonía de las costumbres, por lo raro se tomaba por cursi.

Conocí —por ejemplo— a la señora de Chorrera; vino de su predio a establecerse, todavía frescota, de proporciones muy exageradas, es decir, muy cargada de carnes. Enviudó bastante joven, dejando el marido al morir, dos preciosas hijas y comodidades para vivir con decencia.

La viuda, al igual que otras madres, cuando las niñas arribaron a los diez y doce años, cerró a los hombres, a piedra y lodo, las puertas de su casa.

Quería vivir al margen del contacto social, recreándose en el espejo de sus criaturas.

Las niñas Chorrera, por consiguiente, muy de tarde en tarde se relacionaban con amiguitas de su misma edad.

Languidecían y envejecían bajo el techo del tranquilo hogar sin esperanzas de saborear las delicias del amor.

La señora de Chorrera no era estimada en el barrio por su falta de religiosidad. A la poca fe se atribuía la desconfianza a los curas; son hombres como los demás —comentaba—.

En cierta ocasión que se vió obligada a asistir a una misa pontifical, escuchaba con atención a un sacerdote extranjero que desde el púlpito hablaba de la noble misión de la mujer en este valle de vivos y tontos, de ser madres bajo la garantía del santo matrimonio.

Lo que más amainó las alas del espíritu de la señora Chorrera, fueron las últimas palabras del orador sagrado: «Las vírgenes que no cumplan con las leyes divinas, de crecer y tener familia, no gozarán de la gracia de Dios».

¡Y pensar que sus hijas ya eran mayores de edad!

El sermón vino a quitarle las telarañas de la vista que da hacia el porvenir. Hasta entonces, después de tantos años, creyó que algún día se iba a morir y sus criaturas quedarían a la deriva, con la trágica perspectiva de no ser admitidas en la gloria del cielo por culpa de su propia madre.

La señora Chorrera retornó del templo obsesionada con la idea de casar a sus niñas, costara lo que costara la ingrata empresa.

Intranquila, martirizada con el clavo de la preocupación metido en la cabeza, no daba tregua al pensamiento de buscar trampas sutiles para atrapar maridos.

Ella, que desde doce años atrás había cerrado las puertas de su casa a los hombres, ahora se devanaba los sesos por atraerlos, encontrando no fácil la tarea por haber ya cumplido Munza, la mayor, veinticinco abriles y Malvina, la menor, veintitrés.

En presencia del tiempo inexorable, que no respetaría el envejecimiento de sus hijas, un buen día se decidió, a manera de anzuelo, a abrir *La Hormiga de Oro*, cantina y restaurante, más o menos comfortable.

Munza y Malvina, haciendo papel de cebo, atendían personalmente las mesas de los reservados, donde se despachaba la clientela mariposa, por si alguien caía en la red de las miradas, mientras la madre se entendía en el mostrador con la gente que no prometía.

Y para llevar a la práctica los propósitos de la viuda, dispuso que después de las ocho, hora en que las ventas escaseaban, jugar naípe entre las personas de su parecer.

Con este fin se amuebló un reservado especial, teniendo acceso únicamente los probables candidatos a marido.

Los parroquianos con plata, como era de suponer, se incomodaban cuando individuos sin recursos económicos se colaban, «abusando», según ellos, de la debilidad de la propietaria, de mostrarse generosa con todo palo de escoba con calzones.

Pero lo que ponía en tensión los nervios de los escogidos, era la presencia de Vinca, cuando incidentalmente irrumpía en el grupo.

Calificado de poeta vulgar, indigno del trato con la crema local, se le recibía con los semblantes descompuestos, con repugnancia.

Decir Vinca en *La Hormiga de Oro*, equivalía a anunciar tormenta de aguas sucias.

Las señoritas con sus enamorados, al verlo, se desbandaban, dejándole solo. A esta mala voluntad había que agregar el odio de la señora Chorrera que sentía por el único cliente.

El disgusto de la señora, como se verá, no arrancaba de los epigramas que le dedicaba, no los comprendía, sino por haber dicho el día de su cumpleaños, al verla lucir un par de aretes de brillantes: «Parece ruina maya alumbrada por dos luciérnagas».

—Agudo, ingeniero?

—Aplastante. Pero las cosas no paran ahí. Se recrudecieron por una broma gastada con su sobrino, que idolatraba.

—Cuéntela.

—Sucedió, que por no haber concurrido a una parada cívica el Día de la Independencia, fué detenido con otros estudiantes.

El sobrino, crecido al calor de los refajos, al verse en el cuartel rodeado de soldados, clamó a San Pablo, a San Cayetano, al Corazón de Jesús, a las jonce mil vírgenes!

El Comandante, al oír sus lamentaciones, se condeñó del muchacho y lo puso en libertad, ocasión que aprovechó Vinca para decirle:

—¡Nos amolaste, viejo!

—¿Cómo, en qué forma?

—Ahora nosotros, ¿de quién nos vamos a agarrar si bajaste a todos los santos del cielo?

Estas ocurrencias eran arma que temían los tontos con plata. Los clientes del grupo selecto, en su presencia no se atrevían a ser locuaces, hablaban con el dialecto de los monosílabos; cualquier frase mal dicha la cogía al vuelo y ridiculizaba al más pintado.

A sus espaldas, por sus rasgos chispeantes, aparecía a los ojos de los simples, como gentuza intratable.

Se cuenta que Banville «solía embellecer cuanto veía y uno de los rasgos de su gracioso genio, era el de no haber podido ver jamás una cosa o un sér en su verdadera realidad».

Vinca, al contrario de Banville, a todo lo que se acercaba lo desfiguraba por medio del ridículo.

La vida para Vinca, ya en los postrimeros años de su vida, se acentuó en una interminable carcajada como un desprecio a las cosas de este mundo. Los desplantes de los demagogos los veía seguidos de su innato rictus mordaz; y para domar el alma grosera del vulgo, se valía de las comisuras al extremo de llamar comparsas de circo ambulante a los que hipócritamente lo aduaban.



Un sábado, como las noches anteriores, se jugaba fusilico entre los bienvenidos de la señora Chorrera.

En medio de las explosiones de alegría que provocaban los «perros», el Pando, novio de Malvina, se levantó repentinamente y al disponer marcharse, le preguntaron:

—¿Por qué se va? Todavía es temprano.

—Vivo lejos y me siento indispuerto.

—No se vaya, tome algo; vea que mañana es domingo, día de levantarse con el sol alto.

—Sí, pero me es imposible demorar un minuto.

—Ah! —intervino la novia— alguna cita anda de por medio.

—Nada de citas. Yo sólo tengo un cariño —y clavó la mirada en los ojos de Malvina—.

—Siendo así, está libre.

El Pando, un poco indeciso, confuso, preocupado, antes de marcharse, dió explicaciones:

—Yo para ustedes no guardo secretos.... me considero de la familia....

—¡Claro! —pero hable más fuerte.

—.... Por Dios, no alcen la voz.... Tengo que referirles algo espantoso.... espeluznante....

Se hizo un silencio fúnebre, y el Pando prosiguió:

—.... Me marchó porque a la sombra de un carao plantado en el camino de mi casa, está saliendo un muerto. Unas veces aparece montado apretando entre sus manos su misma cabeza; otras, llevando en la mano derecha, a manera de sable, el brazo izquierdo completamente desprendido. Al toparse con trasnochadores comienza a escupir brasas y a repartir mandobles. El barrio se encuentra sobrecogido de pánico. Consideren, que después de las siete, ya nadie se aventura a salir a la calle; anoche, una pobre mujer que andaba acarreando agua de la fuente pública, al ver el fantasma, cayó con ataques en plena vía, muriendo hoy al amanecer....

La tertulia, posesionada del miedo magnético irradiado por el Pando, no se dió cuenta del momento que aprovechó Vinca para entrar sigilosamente. Sentado en un rincón, fumaba y reía.

La viuda, muy circunspecta, reforzó lo dicho por su futuro yerno, asegurando que ya sabía de la pobre alma que andaba buscando a quien confesar sus penas.

De pronto, los torsos giraron sobre las sillas al oír voces, voces de Vinca que contribuía al estado tétrico, relatando otro suceso:

—Un encuentro extraño con un muerto me sucedió el domingo pasado. El barrio donde yo vivo carece de alumbrado público. Solamente en la puerta mayor de la Iglesia de los Dolores, el sacristán cuelga un farolito con gas. Por las calles y callejones se camina a tientas en las noches sin luna, pisando cerdos y recibiendo coces de los semovientes que duermen bajo los aleros.

Hace mucho tiempo, que el muerto a que me refiero, venía apareciendo en el atrio del templo, sembrando el desconcierto entre los pacíficos vecinos.

En cuanto principiaba a obscurecer, ya nadie se atrevía a abrir sus puertas, contándose cinco fallecidos en el espacio de cinco meses, víctimas del terror.

Se tenía como muy valiente a cualquiera de los moradores que llegara a su casa después del toque de queda.

Esa noche, que venía del velorio de la última víctima, le pegué un susto al muerto, que ya no volverá a andar aparatando.

—¿Tú asustastes al muerto? —preguntó la viuda.

—¡Yo! ¿Qué hay de extraño?

—Nada. Termina, Vinca.

—Resulta, que por venir pensando en la chata, no recordé el asunto del fantasma hasta que lo tuve a cincuenta pasos de distancia. Creo sinceramente, que al muerto se le durmió el pájaro al no reparar que yo venía haciendo equis con el treinta y ocho en la mano.

A medida que yo avanzaba, el «difunto» aproximaba, estirándose desproporcionalmente, como encajado en zancos. Al tenerlo a pocos pasos, le hize el primer disparo y en vez de acobardarse se me vino encima intentando meterme en las narices una vela encendida, y yo, creyendo que era daga, continué rápido, disparándole uno tras otro balazo y a través del humo de la pólvora lo ví correr, correr desesperadamente dejando botado un sombrero de junco con tres perforaciones y una hermosa cobija de manta.

La señora Chorrera, con el propósito de cortar el cuento, metió la cuña de su palabra para zaherirlo:

—¿Estamos hablando en serio, Vinca. Por qué importunas con tus tonterías?

—No tiene derecho, señora, a maltratarme.

—¿Por qué no? ¡Estás en mi casa y debes respetar!

—Francamente, tiene razón; usted es una ¡fárfara!

—Más eres tú. ¡Fuera de aquí!

Debido a este altercado, los novios de las hijas dispusieron suspender por algunos días el juego de naipes.

Al reanudarlo, pregunté a la dueña de la Hormiga de Oro:

—¿Qué razón tuvo para echar a Vinca?

—En resumen, ninguna. ¡Pero es un bellaco! Aquella noche me puso en vergüenza riéndose de mi ignorancia.

—¿Cómo?

—Al gritar, ¡fárfara!, con tanto garbo, pensé que la palabrita significaba farsanta, tramposa, no sé qué.

—¿Y cómo se dió cuenta del alcance de la frase?

—Sabiendo que aquí sólo tienen diccionario los grandes, me valí del conserje del notario más conocido para que me la consultara mediante el pago de dos tragos.

—¿Y por qué no lo hizo mejor con los pretendientes de sus hijas?

—Por favor, no los mezcle en tonterías.

—¿Y usted continúa disgustada con Vinca?

—No tanto. Sí, me molesta verlo tan complacido cuando se mofa de uno. Dígale que le perdono sus malos portes, que se asome por acá.

—Cumpliré su encargo, pero creo no vuelva.

—¿Eso quiere decir que se incomodó por una simple corrida?

—Al contrario, le sirvió de tema para un nuevo chascarrillo.

—¡Qué estúpido! De mi puede decir lo que quiera, pero de mis futuros yernos no se lo permito. ¿Qué le ha oído decir?

—Ah..... señora.....

—¡Claro! Tiene que expresarse bien.

—Dice que son calaches de lujo.

No es con los brazos en alto, como los vencidos, cómo se resuelve una dificultad.

*CONSTANTINUS.*



## *Venado Agresivo y Tigre Diplomático*

**I**BAMOS tres viajeros del país, más un extranjero en el carro que nos dejaría en Potrerillos, lugar donde abordaríamos el ferrocarril con rumbo a Cortez.

En la pintoresca aldea de Támara, parada obligada, el chofer frenó y nos apeamos a tomar el desayuno en un comedorcito coqueto, al estilo hondureño, con pino desmenuzado sobre el piso y serpentinatas de colores colgando del cielo del techo.

Ya los cuatro alrededor de la mesa, cada uno expuso con calma, el propósito de su viaje, viaje de negocios; únicamente el extranjero dijo que iba al Lago de Yojoa invitado por un compatriota suyo a entregarse a las delicias de la caza de venados y tigres.

Los propósitos de Mr. Smith dieron base para que se hablara de incidentes ocurridos a los compañeros de viaje.

—Vea Mr. Smith —dijo uno—; tenga cuidado de disparar a una venada en celo sino carga suficiente parque.

—¿Por qué?

—Puede perder la vida.

—Perdone, pero yo no pienso del mismo modo, andando armado.

—No, no se confunda. Le repito: no dispare sino carga en su bolso suficientes cartuchos.

—Le ruego aclarar lo que quiere decirme.

—Muy bien y ponga atención: en Taulabé, una noche nublada salí a cazar. Al solo saltar las trancas de un frijolar, columbré dos bultos; al enfocarlos con la lámpara ví claramente que eran dos hermosos venados e incontinenti hice fuego al delante-ro, que fué a morir a pocos pasos del sitio que ocupaba.

«Al acercarme a recoger la pieza, el venado ileso me embistió con la violencia del huracán.

«En mi sorpresa no me explicaba el motivo de la fiereza de un tímido animal que huye a la caída de las hojas. Pronto reaccioné logrando en la acometida parar el golpe con la culata de la escopeta, pero cuando lo ví retroceder para «agarrar juelgo» y así embestir con más vigor, tuve el acuerdo de arrojar la escopeta y rápido desenvainé el machete recibiendo al venado embravecido en la punta de la daga.

«Fué necesario de una batalla cuerpo a cuerpo, él con sus cuernos y cascós y yo con la hoja de acero repartiendo mandobles hasta que el animal, materialmente descuartizado a machetazos, cayera sin vida.

—Bueno, señor, ¿por qué arrojó la arma en vez de hacer uso de ella?

—Precisamente, es lo que voy a aclarar: no continué disparando porque sólo cargaba un cartucho.

—Su explicación no me convence. No creo que un venado lo haya retado a duelo.

—Pues no le extrañe; la razón es muy sencilla: la primer pieza que maté *era una venada en celo*, cosa que yo ignoraba. El amante, antes de abandonar a su dicha sacrificada, prefirió morir peleando al lado de su amor, soberbio ejemplo para muchos hombres faltos de vergüenza, no dé coraje.



El corto silencio que siguió al relato fué interrumpido con el chocar de platos con huevos a la ranchera que el propietario servía personalmente.

Mientras distribuía a cada uno su porción, contó, que siendo muy caluroso el verano pasado, dispuso pasar una temporada en el atractivo pueblo de Ojojona, donde un su amigo posee un hato de ganado.

«Me encontraba sentado en el corredor de la casa —continuó— tomando el fresco de la tarde, cuando apareció *Elefante*, hermoso perro musculoso, cara de tigre. Me observó un segundo desde el patio, y al darse cuenta de que se trataba de un viejo conocido, vino a presentar sus respetos con la ceremonia de restregar su pelaje contra mis piernas. Al acariciarle la cabeza, el dueño dijo: «mi perro vale lo que pesa en oro americano, no por el número de presas, sino por su inteligencia». Y en efecto, el domingo siguiente —día de caza— logré comprobar las hazañas de elefante, propias de un estudiante universitario.

«El can tiene —concluyó— la maña, a la vista del venado, de latirlo, momento que aprovecha la víctima para salir huyendo. El perro lo sigue con la mirada, y al perderlo de vista, continúa a trote largo siguiendo las huellas de los cascos. Una vez que nuevamente logra divisarlo, vuelve a latir y el animal emprende nueva carrera. Y así en este orden persigue al venado por bosques y serranías hasta que al fin el animal cansado, agotadas las fuerzas, se tira a la primera poza que encuentra, ocasión que aprovecha elefante para arrojársele encima y después de sujetarlo fuertemente por el pescuezo, lo sumerge dentro del agua hasta matarlo por medio de la asfixia. Esto, afirmó el dueño del perro, «se llama cazar científicamente».



Otro de los presentes, buhonero ambulante, que recorre pueblitos y aldeas de la Costa Norte, refirió:

—Yo no entiendo ni me gusta la cacería. Obligado por las circunstancias me ví en el caso de hacerle frente a un viejo tigre, cebado de tanta víctima.

Guardó un momento de silencio, como para reunir dispersos detalles, y luego prosiguió:

«Una noche muy oscura, salí de Sonaguera a pie, acompañado de un mozo cargado con un atado de mercaderías y yo llevaba otro tanto, con mi pistola al cinto.

«Habíamos andado lo más un kilómetro por en medio de los rieles de la línea férrea, cuando a lo lejos, al claror de las estrellas, observé un bulto como de burro echado. No le dí importancia y nos fuimos acercando a paso de tortuga sin la menor preocupación, en la creencia de tratarse de algún animal doméstico.

«No sé por qué instinto de conservación, me dió por enfocar el bulto como a cuarenta varas y observé en el lomo unas manchas que me sacudieron los nervios violentamente. Al herirle la cara con la luz, me hizo una mueca ¡horrible!

«El mozo, espantado, gritó: ¡Tigre, patrón, tigre!

«Ya había oído lamentarse a los aldeanos de los estragos de la fiera y pánico sembrado en los caseríos.

«El tigre, al verse iluminado, se irguió y principió a rugir, rugidos que hicieron zurriarse al sirviente, amparado tras mi cuerpo.

«En presencia de aquel dilema, comprendí que no debía perder un segundo y obré rápidamente haciéndole el primer disparo.

«El tigre, al ruido de la detonación, saltó como quince varas sobre mi posición y entonces las piernas comenzaron a flaquearme. Pero como era preciso darle cara a la muerte, presto volví a disparar y un nuevo salto lo colocó como a unas doce varas de mi sitio, mediando un suampo de por medio.

«Vuelvo a enfocarlo y al ver que en son de triunfo repicaba con la cola, así como el gato con el ratón, me entró un miedo tan grande, que por poco caigo desfallecido de terror. En un último esfuerzo reaccioné y no me explico de dónde saqué coraje y al mismo tiempo con el mayor fervor, con vehemencia, me encomendé a la Virgen de Suyapa y disparé con tan buena suerte, que la fiera rugió y de un salto se internó en la maleza, circunstancia que aproveché para abandonar la mercancía y salir corriendo con el mozo a la casa de donde habíamos partido».

Al llegar a este punto, el extranjero lo interrumpió:

—En su opinión, ¿por qué no lo atacó el tigre?

—Por los ruegos a la Virgen.

—No soy de su parecer. Posiblemente, lo agarró tan cerca, que el último disparo lo alcanzó.

Reanudamos la marcha y no se volvió a hablar de cacería.



Al día siguiente, desayunamos en un comedorcito que se encuentra al pie de la Cocona, la cuesta más trágica y que más víctimas ha ocasionado entre el mundo de pasajeros a la Costa Norte.

Mr. Smith, al contemplar los desfiladeros, se dirigió al chofer:

—Usted, amigo, que conoce palmo a palmo este infierno, ¿me podrá asegurar si llegaré con vida a la cacería?

El chofer, que era un gran guasón, respondió:

—No se preocupe, que si usted no está en la raya, nada le sucederá. ¡Figúrese que yo me he volcado más de cincuenta veces y he matado a más de cien pasajeros, y aquí me tiene!

El extranjero sonrió de manera muy extraña, como queriendo decir que se las estaba viendo con otro guasón.

Principiamos a ascender en forma moderada, caminando unos cuantos kilómetros con mucha precaución. Luego el conductor aceleró, y en una curva, gritó Mr. Smith: ¡pío!

El chofer volvió la cabeza y se rió con todas sus ganas.

En otra curva, volvió el extranjero a decir ¡pío! y el chofer sólo se sonrió.

Y así en este orden, a medida íbamos doblando curvas Mr. Smith gritaba ¡pío!, pero ya el conductor no se dignaba mirarlo.

A mitad de la cuesta comprendimos que el monótono estribillo había sacado de juicio al chofer; su cara reflejaba cólera y su estado de nerviosidad crecía a medida oía ¡píos!

Al fin, en una curva muy cerrada, con abismos a los lados, el extranjero gritó con todas sus fuerzas: ¡pío!, ¡pío!, ¡pío!

El conductor frenó con gran peligro y como un loco saltó de su asiento con pistola en mano, y asiendo a Mr. Smith de la chumpa de cuero, lo increpó:

—¡Se calla o lo mato!

—No se incomode, señor; sucede que en la capital me dijeron, que los pasajeros que usted ha matado, no tuvieron tiempo de decir ni ¡pío!



Tacto es el don de ganar una discusión  
sin ganarse una enemistad.

*H. W. NEWTON.*



## *Degollina sin Sangre*

**E**L profesor de medicina legal ha envejecido al frente de su cátedra. Flacucho desde niño, en su juventud se le conocía por *flautín*. Los años y horchatas para eliminar el ácido úrico de las coyunturas, lo han robustecido, vuelto adiposo, de respetable barriga. Este aditamento es la única novedad introducida en el curso de su vida anónima.

Por dormilón, los universitarios olvidaron *flautín* para llamarle *marmota*.

Como profesor rezagado, es famoso. Siente horror a los alumnos que por medio de la discusión intentan sondear su profundidad científica.

De manera mecánica pasa lista, toma la lección, coge el sombrero y ya de pie, repite el manoseado estribillo: «Para mañana, la siguiente».

Ayer —suceso extraordinario— rogó un poco de más atención:

¡Discutiremos! —dijo con énfasis— dos ejemplos de heridas mortales sin derramamiento de sangre.

—Usted, Sarampión, que es un buen pendolista, pase a la pizarra y escriba. Primero: en la puerta de Voltaire apareció garrapateada, la siguiente palabra: BURRO. El gran revolucio-

nario al reconocer la letra, fué a ver a su vecino, el autor; éste, al verse honrado no salía del asombro, hasta que Voltaire lo sacó de dudas: «Ví su nombre en mi puerta, vengo a pagarle la visita».

El profesor hizo una pausa dando tiempo a los alumnos a posesionarse del cuestionario.

Luego anunció:

—Segundo: dos reos limpiaban el pozo artesiano en casa del juez que los había condenado. El que se encontraba en el fondo —de manera repentina— gritó al que tiraba del cable de la garrrucha: ¡Estúpido! no me echés tierra. Este con aire mordaz, repuso: ya aprendió a decir estúpido el muy ¡imbécil!

A ver —prosigió— ¿quién de ustedes puede establecer la diferencia de las armas que causaron las heridas?

El *distraído*, estudiante que asiste sólo por librarse de las fallas y así tener la pensión asegurada, con el asombro general, se adelantó:

—El primero, señor, hirió con estilete de alta cirugía moral, y el segundo, con el leño de la frase vulgar.

—¿Podría el alumno ilustrar sus conclusiones con un símil más elecuento?

—¡Claro, señor profesor!

—Ilústrelas.

—¿Ha visto las ventas de panes con chorizos a las puertas del cine?

—¡Cómo no!

—Pues cuando por las noches compramos un sandwich, unas veces lo sirven en papel de china y otras en papel periódico. Esa la diferencia.

—A ver, ¿quién otro tiene que objetar?

El *poeta azul*, estudiante que más se dedica a los versos que a los textos, habló:

«La clase tuvo un arranque muy plausible; nunca se había logrado como hoy, mantener la unidad de entusiasmo a través del pensamiento del ilustre profesor, pero desgraciadamente se echó

a perder la palabra sabia del maestro con el disparate de los panes y chorizos. ¡Comprenda el compañero que no estamos bajo el techo de ninguna cocina, sino bajo la cúpula universitaria!»

—Argumente sin ofender —interrumpió Marmota—.

—Muy bien: opino que las palabras, según, cómo y quién las dispara, tienen el mismo efecto de las balas. Sus ejemplos son clarísimos: está demostrado que no hubo heridos sino muertos, provisionalmente.

El *distraído*, en tono burlón, replicó:

—¡También hay miradas que matan!

—¡Vuelve el compañero con otra tontería! ¿Qué tiene que ver el amigo cupido con una estocada moral?

—Tontería es la que acabas de exponer, comparándote con el topo que huye de la luz de la razón por seguir bajo galerías con la brutalidad de la ceguera.

—Bueno, pedazo de albarda; ¿la discusión la tomas personal?

—¡Cómo quieras y donde gustes!

Al tomar feo cariz el giro de la clase, se interpuso la voz del profesor: sepan señores, que a este recinto se viene a dilucidar, a armonizar opiniones opuestas, de carácter científico; no a provocar pependencias calléjeras.

*El poeta azul*, con su eterna cara de pascuas, se echó a reír pidiendo permiso para una aclaración: «No se trata de pelear, maestro; solamente quise demostrar a usted, que puedo fusilar a mis compañeros de curso con la simple cápsula de una ronca».



Es más fácil soportar toda la vida una coraza  
que una virginidad.

*MONTAIGNE.*



## *Mi Matrimonio con la Tía de mi Esposa*

-AHORA, abogado, que estamos solos, cuénteme ¿cómo hizo para casarse con su tía política, siendo su primera esposa una mujer encantadora?

—La respuesta es cuestión de números. Pero primero principiemos por el principio: en mi pueblo, la persona más rica era la niña Petronila; mujer hermosa, solterona, como de cuarenta años, dueña de varias haciendas de ganado, cafetales, cultivos de caña y otras valiosas propiedades.

Habiendo perdido las esperanzas de casarse, pregonaba a todos los vientos que su heredera sería Sinfo, su única sobrina.

Sabedores los jóvenes que andaban a caza de oportunidades, que una vez muerta la niña Petrus (como cariñosamente la llamaban), que toda su fortuna pasaría a manos de Sinfo, menudeaban los pretendientes al trono de su corazón; ella, a los rumores de tal o cual compromiso, invariablemente decía que «no estaba de arrebatar para casarse con cualquiera», que «escogería».

Yo, por ese tiempo, llegué al pueblo a ejercer mi profesión de abogado, con tan mala suerte, que apenas ganaba para alimentarme. Gracias a mis parientes me presentaba más o menos decentemente vestido y me pagaban ciertos gastos de carácter social. Entonces me convení de la sabiduría del proverbio tan manoseado: «nadie es profeta en su tierra».

Y como las cosas empeoraban, decidí casarme con Sinfo, la futura terrateniente, como única salvación.

Ella, al proponerle matrimonio, no opuso reparos al comprender que me respaldaba un título, «más valioso que la plata de su tía», —según me lo dijo después—.



Una vez efectuado el enlace, la tía política se mostró altamente generosa; a un kilómetro del pueblo nos dió para vivir y explotar una lechería, en la cual desde un principio comenzamos a fabricar quesos de buena calidad, gracias a los conocimientos de un entendido que hicimos llegar de Guatemala. También fomentamos la cría de cerdos y cabros para el mercado, fuera de la siembra de granos y venta de frutas al por mayor. El primer año los gastos corrieron por cuenta de la tía. Después nos bastamos por sí solos.

La única obligación que teníamos, era la de visitarla todos los domingos a fin de complacerla, y de paso, como usted comprenderá, recordarle con nuestra presencia, su legado a Sinfo, como tantas veces lo había pregonado.

Mi esposa varias veces intentó insinuarle la conveniencia de redactar su última voluntad por el temor de que fuera a morir sin testar, y a la hora del reparto aparecieran nuevos herederos. No se atrevía al verla tan llena de vida, fuerte como un roble y sumamente cuidadosa con su persona.

Temiendo a las corrientes, poco salía a la calle.

Para ella, las grandes fechas de acicalarse, eran Viernes Santo, Día de Difuntos y Noche Buena.

Aunque la tía se mantenía fresca y hermosa, los hombres no se atrevían a flirteos, quizás por llevar una vida enclaustrada, con las puertas cerradas a toda charla social.

Mi mujer se sentía molesta cuando Petrus, una que otra vez, aceptaba mis invitaciones a dar un paseo entre la arboleda de sus patios o leíamos versos de poetas llorones.



A los tres años de casados y sin hijos, mi mujer dispuso celebrar el aniversario de su cumpleaños en casa de la tía, más bien por distraerla, que para recordar la fecha.

Invitamos a nuestras amistades y destapamos una garrafa de vino Málaga, antiquísimo, venido de España.

Posiblemente, por efecto de las copas, la tía se manifestó más locuaz de lo acostumbrado, al extremo de confesarme con el sigilo de un secreto de Estado, que cuando tenía veinte años, su novio le había prometido casamiento, señalando unos doce meses de plazo, tiempo que necesitaría para ahorrar lo necesario y hacerle frente a los gastos de la boda e instalación del nuevo hogar.

Ella aceptó, y el prometido se marchó al extranjero sin dar señales de existencia por espacio de veinte años. Ahora que Petrus andaba en los cuarenta, el antiguo enamorado, quizás previendo pasar una vejez tranquila con la novia vieja o vieja novia, por cada correo renovaba su pasión, prometiéndole enlace, en forma relámpago, pero por poder. «Sus muchos negocios le absorbían todo el tiempo disponible».

Vea abogado —dijo rebosante de alegría— «¡Soy feliz!»

Mi mujer, que permanecía ojo al Cristo, al oír feliz, saltó de su mesa como una fiera, y encarándose con la tía, preguntó:

—¿Qué es eso de feliz?

—No te metas en cosas ajenas. Atiende a tus invitados.

Petrus, ya serena, tomó otra copa y volvió a la carga:

—Crea, abogado, que como usted es la única persona en quien puedo depositar mis secretos, quizá por nuestro parentesco, le suplico aceptar la representación de mi futuro esposo, a fin de realizar la boda sin contratiempos.

—Muy bien, con el mayor placer; escriba dándole mi nombre completo y que remita cuanto antes el poder, sin olvidar legalizarlo con la firma del cónsul de Honduras en New York.



Al darse cuenta mi mujer de los proyectos de la niña Petrus, no salía del asombro, se resistía a creer; el dolor de ver en fuga la herencia prometida, la pusieron desasogada y sólo frases despectivas se le ocurrían contra su tía, tales como «vieja alucinada, vieja jamona, vieja come santos, que derecho va ir a parar a los infiernos».

Por último de tanta blasfemia, se le ocurrió:

—Y una vieja cuarentona, ¿piensas que sirve para algo?

—Si está bien conservada, para querida; si tiene plata, le sobran maridos.

—¡Ah, los hombres, tan sinvergüenzas!



A partir del festejo memorable celebrado en su casa, la niña Petrus perdió el reposo.

Ella, que salía poco por temor a las corrientes de aire, ahora nos visitaba tarde y mañana, hablando con las personas conocidas que encontraba, de las excelencias del ejercicio.

La esperanza de verse en brazos del viejo enamorado, de quien hacía años lo suponía bajo siete cuartas de tierra, la tornó inquieta, febril, deseosa de comunicar su dicha a todo mundo.

Atenta a la llegada del correo, desesperaba cuando se retrasaba.

Al fin, después de larga, larguísima espera, el novio responde aceptándome como su representante, incluyendo, para los efectos legales, amplio poder para hacer las veces suyas ante el alcalde municipal y ante los tribunales, a fin de tomar posesión de los bienes de su futura esposa.

Mi mujer, al observar los preparativos y darse cuenta de que yo iría del brazo de la tía al cabildo municipal a hacer las veces de marido, se puso más furiosa que una tigre, diciendo que primero pediría el divorcio antes de permitir semejante papelada.

—Pero bien, Sinfo, ¿por qué te opones?

—¿Por qué me opongo? ¿Y te atreves a preguntármelo? Supongamos que ese tal por cual a última hora se arrepienta del compromiso y te deje ensartado con mi propia tía, ¿no te parece que sería la mayor insolencia aparecer en público con dos esposas? ¡Dile que busque a otro tonto!

—No te exaltes, Sinfo. Comprende que se trata de una simple fórmula social. La ley en ningún caso me reconocería como a su legítimo marido.

—Eso es lo que aconseja tu plan, pero mi conciencia piensa de distinta manera. ¡Convéncete, Troica, no hay corazón traidor!

—Déjate de niñerías; ¿dí si vas a escandalizar o no escandalizas?

—Te repito: primero nos separamos y después, ya libre, tomas parte en esa pantomima!...

El diálogo fué interrumpido al oír pasos de la tía.

Mi mujer, sumamente contrariada, salió corriendo al patio por la puerta de la cocina.

—¿Parece que están riñendo, verdad? —preguntó—

—No tanto como reñir, algo peor.

—¿Se referían a mi persona?

—Pues... su sobrina se opone a que yo represente a su novio en la boda.

—¿Qué alega?

—Que es pura fantochada.

—¿Fantochada?

—Sí; que primero se divorcia a permitirlo.

—¿Dijo algo más?

—Opina que efectuado el enlace pueda que su marido «inconsútil» no venga a juntarse con usted y me deje plantado con dos esposas.

—¿Lo diría de corazón, querido abogado?

—De corazón; sí, de corazón.

—¿Piensa usted que yo desmerezco ante su mujer?

—¡Oh, nunca! Usted es muy digna y angelical criatura.

—Entonces apure el divorcio, ¡cueste lo que cueste! Yo pago los gastos.



—Así fué el origen de mi segundo matrimonio. Habiéndome Dios deparado a una exquisita mujer de corazón de «oro», me entregué de cuerpo y alma en brazos de mi tía política.

—¿Y con el antiguo enamorado, cómo se las arreglaron?

—Le enviamos nuestro retrato, abrazados, diciéndole que perdonara la broma si la consideraba pesada, pero que diez años atrás nos habíamos casado, y que en el próximo viaje al extranjero, le presentaríamos a los hijos.

Nadie sabe lo que le traerá el día  
de mañana.

*TILLIE MAJCZCK,*  
inmigrante polaca.



## *Cuente con lo Imprevisto*

**S**ALI a la calle sin brújula, es decir, sin apuntar a ninguna dirección, aburrido de permanecer encerrado en las paredes del cuarto.

Al pasar frente al restaurante «El plato del día», que dicho sea de paso, más parece cueva de ladrones que comedor, alguien me llamó con insistencia. Era un antiquísimo condiscípulo de la primaria, conocido con el remoquete de «llamarada», por el pelo rubio y cara encendida.

Se mostró tan contento, que me invitó a almorzar y a tomar vino de marañón traído de su predio.

Con muchas ceremonias explicaba su fabricación, mientras tanto yo me quejaba de la falta de una dama a la hora de los aperitivos.

—Nos serviría de estorbo, compañero.

—¿Ignoras que la mujer es la boca del trago?

—Siempre con tus salidas; ya veo que vas a morir en tu credo. ¡Bebamos y comamos, déjate de cosas!

A las primeras copas no pude más que gritar con alegría: ¡qué rico vino, parece de consagrar!

—Es elaborado en mi hacienda de Comayagua —comentó con orgullo—. ¿Conoces la antigua capital de Honduras?

—En dos o tres ocasiones que he atravesado la ciudad, sólo he demorado el tiempo necesario para tomar un ligero refrigerio. Puedo decir, no conocerla.

—Debería ser la residencia obligada de escritores y poetas a fin de divulgar en todos sus detalles su glorioso pasado, la riqueza de sus leyendas; monumentos grandiosos, testigos de una época esplendorosa; su historia artística, cuna del balbuceo cultural del país; en fin, compañero, sepa que Comayagua es la dama honorable que vive su filosofía estoica, desde el momento desventurado que el Presidente Soto cometiera el error irreparable de trasladar la capital de los fértiles valles a los pedreros de Tegucigalpa; pero Comayagua, por su posición geográfica, en el centro de prósperos departamentos y ríos caudalosos que riegan sus tierras feraces, como el ave de la fábula, renacerá de sus escombros mediante el tesón de sus hijos.

—No es para que te exaltes, hombre, con dos vasos de vino.

—Pues no es para menos pensar, que por conveniencias personales se mató el proceso en formación de una de las primeras metrópolis de América, arrastrando de paso a la penuria, la vida de un pueblo laborioso que tenía sus esperanzas fijas en el porvenir, lleno de promesas por realizar.

—Tienes mucha razón; el tema, por su desacierto, es interminable. Es mejor salir a la calle a respirar los aires del Picacho.

En charla amena y muy cordial, nos fuimos por la avenida del Cementerio, llegando al parque Colón, donde continuamos recordando episodios de la escuela, episodios que cual fotografías quedan grabados, unos, en la mente, y otros, en el corazón.

Momentos después, interrumpió la plática un octogenario, que pasó frente a nosotros, moviendo los pies tan despacio, como las tortugas.

El peso de los años lo había encorvado al extremo que parecía una C andando.

En sentido contrario, venía uno de esos rapazuelos malcriados, sin amo ni ley, que al divisarlo, le gritó: «¡Cuando las arañas andan por el suelo, lluvia segura!»

El pobre hombre alzó los ojos y le clavó una mirada fulminante, apostrofándole al mismo tiempo: «¡Maldito, maldito; que Dios te conceda una vejez en demasía!».

Mi amigo me miró extrañado, como reprochándome la maldad del niño, cosa no vista en los caseríos donde no existe autori-

dad ni hay escuelas, únicamente el respeto al principio moral, base en que descansa el gobierno de la familia.

Al olvidar por conveniencia el incidente reprochable, nos despedimos celebrando de verdad el encuentro *imprevisto*.



Al siguiente día, por una de esas raras coincidencias, me encontré al mismo anciano sentado en el mismo parque.

Al llamarme nuevamente la atención, me acerqué saludándole con cariño; presto me brindó sitio en el escaño donde reposaba.

Le ofrecí un cigarrillo y al recibirlo, estuvo dándole vueltas entre los dedos, con algo de desconfianza. Al agradecer mi atención, musitó:

—Parece de buena clase....

—Son elaborados en San Pedro Sula.

—¡Ah... mis tiempos, cuando en mi pueblo se fumaban cigarrillos de tusa!

—¿De dónde es Ud.?

—De Comayagua; Gobio Veda, para servirle.

—¿Tiene alguna profesión?

—Soy bachiller, y penoso es decirlo, casi de nada me ha servido el bachillerato, culpa de los métodos rezagados, empleados entonces, por los llamados mentores de la juventud.

—Ya días me vienen interesando los hombres y las cosas de su tierra, tan ponderada. ¿Ha venido de paso o a ver a su familia?

—Carezco de parientes y de conocidos. He venido sin plan determinado, quizá a morir.

—¿Por qué no se interna en el asilo de ancianos?

—¡Con qué dinero!

—Precisamente, es condición indispensable no cargar un centavo. Allí tendrá buena cama, buena alimentación y buen techo. En caso de enfermedad será atendido por gente hecha de acciones bondadosas, dispuestas con cariñosa piedad a cerrarle los ojos, si el caso llega....

—Francamente, no sabía que existiera ese centro de caridad. ¿Entonces, quién paga los gastos?

—Las personas generosas, señor.

—Eso es otra cosa. ¿Y se necesita alguna recomendación para ser admitido?

—Ninguna. La mejor recomendación usted la anda llevando con su presencia, con su aspecto venerable. No tiene más que presentarse a las puertas del establecimiento y en el acto será recibido.

—Mil gracias, señor, ¡Dios lo bendiga!

—No tiene por qué agradecer; está en mi deber.

—No se equivoque. La bondad, como toda virtud, es de acción tranquila a fin de restar importancia a su misión, casi siempre arrollada por la fuerza del egoísmo, toro que mata los más nobles sentimientos. A eso se debe que su actitud me llene de contento. Comprendo que usted pertenece a la clase de hombres que desentonan entre la gentuza engrandecida; lleva en su alma un tic espiritual inherente a su naturaleza, diríase un don milagroso concedido por Dios, tal la simpatía que despierta a las primeras palabras.

—Mucho honor para este pobre mortal, señor Veda.

—Vea, caballero; me inspira tanta confianza, que le voy a confiar el secreto que me ha dado fuerzas para no morir antes que el Señor me llame a rendir cuentas. Se trata de una voz, quizás la voz del destino, que a gritos me alentaba venir a la capital y aquí me tiene como si hubiera nacido de nuevo al oír la taumaturgia de sus consejos.

—¿Y esa voz que fortifica su optimismo, se puede saber de dónde emana?

—De mi fatalismo, señor. Desde mi adolescencia creo en lo *imprevisto* como en un evangelio. Y a propósito le referiré uno de tantos casos relacionados con mi creencia, que al fin y al cabo, tienen mucho de azar. Ahora bien, después de haber terminado mis estudios de Bachiller en Ciencias y Letras, renuncié a los estudios universitarios y me entregué a otros menesteres prácticos por exigírmelo así la lucha por el pan. Entre los muchos oficios

que sé a medias, me sedujo con pasión la cría de gallos de pelea. ¡Fuí un jugador empedernido!

«Un domingo, como todos los días festivos en tiempo seco, llegaron a la cancha los galleros cargando sus aves

Resulta, a la hora de casar parejas, algo insólito: todos los gallos eran de distintos tamaños y pesos —según la malicia de los dueños—, al extremo de renunciar a la pelea por la imposibilidad de encontrar dos animales de igual proporción.

Desalentados los hombres de las apuestas, me excitaron en mi calidad de juez de patio, a desatar el nudo gordiano, exponiendo medios prácticos y aceptables, desde luego.

Entonces tuve fugaz intuición a mi favor, acerca del triunfo, y con fe ciega propuse ennavajar los nueve gallos destinados al sacrificio y soltarlos a un mismo tiempo, concediéndole el triunfo al dueño del último gallo superviviente.

Los jugadores se mostraron desconcertados con la idea, por lo nuevo, deliberando confusos. Después de oír opiniones en favor y en contra, se logró un acuerdo general, fijando treinta pesos a cada pata ennavajada.

Todos formamos en círculo y a una voz convenida, se lanzaron los nueve gallos.

Fué un espectáculo salvaje digno de asombro al ver a los animales picotear el suelo con enemigos a todos lados, sin decidirse a escoger adversario.

Ante el mudo asombro del público, rompió el silencio el grito de los interesados al rodar el primero, segundo y tercer gallo.

Continuó la pelea con más encarnizamiento, no sólo contra una pareja de contrincantes, sino contra los que interrumpían encuentro ya entablado, dándose el raro caso de formarse algo así como bola diabólica el agarre de cuatro gallos a la vez.

Mi gallo, que parecía gente, en eso de ser un gran marrullero, desde un principio comenzó a pasearse pegado a las tablas del círculo de la lidia; cuando lo instaban a la pelea, diplomáticamente esquivaba la lucha. ¡Era un zorro que si hubiera podido matricularlo en la universidad, lo hago abogado por el cúmulo de picardías que sabía sin haber pisado los umbrales de la escuela!

Minutos después, dos gallos que atacaban a un tercero, lo dejaban sin vida y rápidos volviéndose contra ellos mismos, sucumbían a la vez.

Quedaban tres contrincantes, mientras tanto, mi gallo marrullero, siempre indiferente proseguía su paseo junto a las tablas del redondel, no dándole importancia a los pringues de sangre que a cada instante manchaba su albo ropaje de plumas.

Por último, casi al mismo tiempo, dos contendientes más morían con las navajas prendidas, quedando invicto mi gallo marrullero.

Los jugadores que no salían del asombro al contemplar al superviviente paseándose entre el cementerio de las víctimas, se pronunciaron unánimes, reconociendo mi triunfo, más doscientos setenta pesos, total de la apuesta.

Uno de los perdidosos, comentó resignado: «¡Qué animal más listo; sin haber expuesto el pellejo dominó la cancha!».

Yo, agregué en silencio: no contaron con lo *imprevisto*.

La avaricia mata de hambre a su poseedor  
para engordar a los que vienen tras él.

*GREVILLE.*



## *La Muerte del Compadre García*

**-¡M**ARIA! ¡María!

—¿Por qué gritas?

—Para que oigas.

—Si no estoy sorda, hijo. ¿Qué quieres?

—Recuérdame asistir al entierro del compadre García.

—¿A qué hora murió?

—No ha muerto, está agonizando.

—Me asombra tu determinación.

—¡Claro! Sabes que sólo asisto a los sepelios de las personas de mi afecto, y como deseo concurrir a sus exequias, manda a recoger el traje negro que presté a mi sobrino para su casamiento.

—Parece que has amanecido chiflado. El compadre se morirá cuando él quiera, tiene vida de gato.

—Cara de gato tal vez; pero la vida sí la tiene pendiente de un hilo. ¿Recuerdas que con petulancia hablaba de sus cien pollas blancas venidas del extranjero? Pues antes de ayer, al recontarlas como todos los días, reparó que faltaba una, echándole el muerto al tacuazín. Todo hubiera pasado sin incidentes sino encuentra las plumas tras la cocina y averigua que su mujer (ahita de miserias) se la había comido. En el mismo sitio le dió un ataque y lo levantaron del suelo con un derramamiento de bilis al extremo de temerse por su vida; el vómito es incontenible y se opone a una junta de médicos. ¡La pérdida de la polla ha desnivelado su presupuesto!

—Siendo así, no dejas de tener algo de razón. Ese tacaño, ¡Dios me perdone!, se va a morir de verdad cuando el curandero que lo asiste le pase la cuenta.

El compadre García pertenecía a esa clase de hombres extraños, que no piden ni hacen favores.

Con sus privaciones logró acumular en la sucursal del banco, cien mil pesos, fuera de varios cortes de madera, dos haciendas de ganado y un cafetal.

Areca, cuando contrajo matrimonio con él, había triunfado en un concurso de belleza, despreciando a profesionales jóvenes por carecer de dinero. Se casó con el compadre por su plata, sin pensar que la avaricia del marido la llevaría a una desesperante esclavitud.

Los celos era lo único que a manera de cólico nefrítico, lo torturaban en su tarea de acumular riquezas.

Temeroso de perder su amor, prohibió desde un principio a su mujer, cultivar amistades. Solamente podía recibir los parientes cada primero del año, fecha del estreno de la blusa de percal azul y enaguas baratas. La infeliz, esclava del cuidado de los animales domésticos y de la huerta, no tenía facultad de comerse un huevo sin el permiso de su marido.

Enclaustrada y enchancletada, paseaba sus harapos por los amplios corredores del caserón colonial.

La avaricia del compadre era tal, que las escasas provisiones que consumía, las compraba al por mayor, calculadas para treinta días.

Al resultar el mes de treinta y uno, la pobre sufría ayunos.

El cuñado de García, en cierta reunión pública, juró tres veces ante un Cristo, que el compadre por ahorrar el gasto de jabón, ponía los platos a los gatos después de los tiempos de comida con el pretexto de darles las sobras, cuando en realidad era con el fin de que al lamerlos, los limpiaran.

En ocasiones que García salía a la calle, llevaba saco y pantalones de jerga, con muchos remiendos, y hasta que se le caían los pedazos reponía las prendas.

Al preguntarle por qué siendo rico sólo usaba un vestido, respondí que solo un cuerpo tenía.

La esposa, al ver que el vómito de García no amainaba, que el derrame de bilis era incontenible, mandó a hurtadillas, por primera vez en siete años de casada, a hacerse un sencillo traje negro en previsión de una catástrofe.



Dos semanas después, el parchero que lo asistía dispuso levantar al paciente. Aún sumamente débil, hizo el esfuerzo sólo para recibir la más brutal de las cóleras.

De manera inesperada llegaron a cobrar a su mujer el valor de los trapos confeccionados.

Esta imprevista contrariedad lo tumbó de nuevo; la recaída se presentó fatal, no tanto por la cobranza sino por el hecho de ser negro el vestido.

Al sentir que le fallaban las fuerzas, que el alma se le escapaba, llamó urgentemente a su abogado para reformar el testamento con el propósito de dejar en la calle a su mujer, pero la muerte mostrándose más justiciera, no le dió tiempo y expiró sin haber dictado su último capricho.

Al difundirse el fallecimiento del compadre, los vecinos se apresuraron, no a dar el pésame a la viuda, sino a felicitarla.

Usted fué una mártir —decían—, una santa; su abnegación no tiene límites, ¡está redimida!

Tan numerosas fueron las muestras de simpatía, que estuvo tentada de llevar vestido rojo en el entierro, pero el cura que andaba de cachetes embarrados, se lo impidió, diciéndole que en justicia Dios la perdonaría, pero las malas lenguas no la dejarían en paz, no tendría un momento de sosiego.



El velorio del cadáver se recuerda como la única concupiscencia fúnebre sin imitaciones hasta la fecha.

En el centro del amplio salón, abierto por primera vez al público, se veía tendido al desventurado, sin quién le rezara un padrenuestro.

Por ningún lado se veían colgaduras, cuadros, objetos de arte o simples espejos; nada que atestiguara el paso de una persona adinerada; todo desmantelado, frío como la misma muerte.

Mientras el difunto se confiaba al cuidado de cuatro cirios encendidos, en los corredores las mujeres por grupos bebían ponche infernal, fumaban cigarrillos de las mejores marcas o se divertían jugando «esconde, esconde el anillo» o «¡Viva mi flor!»

Los hombres ebrios de ron, alrededor de las mesas barajaban las carnes del dado o se entretenían con el dominó y el tresillo.

Unos chicos, en el patio, a la luz de hachones de ocote, tiraban la taba.

Otros de los presentes, no bebían ni fumaban; hombres prácticos, atisbaban el paso de Areca para echarle un piropo o proponerle matrimonio.

Y por ahí, en cada penumbra, los enamorados mordían los pechos o besaban los labios a las novias de ocasión.

¡Aquello no fué un velorio, fué una bacanal!



A la hora de conducir el cadáver, la viuda escoltada por numerosos admiradores y mujeres oportunistas, presidía el duelo.

A duras penas contenía la satisfacción que experimentaba al convertirse en blanco de las miradas de los hombres.

Al atravesar la calle principal, el reducido comercio suspendió las actividades alarmado de las voces fuera de tono que se oían por efectos del aguardiente; no parecía una procesión fúnebre sino una manifestación política.

Yo que hacía varios años no me vestía de negro, tal vez por mí extraña circunspección, fuí encargado de decir las palabras de despedida del amigo ido de este mundo lleno de valles para las bestias y de montañas para las águilas.

Recuerdo, que al principiar a exaltar las ejecutorias del compadre, fuí silbado vergonzosamente y no se me dejó terminar.

Otro de los invitados, más audaz y enamorado, ocupó la tribuna para ensalzar la belleza y virtudes de la viuda sin decir ni ¡cúche! del difunto.

—Este no es un entierro —intervino el guarda, — es un ¡relajo!  
—¡Relajo será tu abuela! —terminó el orador—.



Tres días después corrió la voz, que de la tumba del compadre se escapaban gritos como pidiendo auxilio.

Doña Areca, al saberlo, tembló de pies a cabeza al solo suponer que su esposo podría regresar.

Mandó a llamar al panteonero, y le dijo:

—Aquí tienes este bolso de plata y ¡cuidado con dejar salir del nicho a mi marido!



No hay aguja puntiaguda por  
ambos extremos.

*PROVERBIO CHINO.*



## *Mulas que Fueron por Cuernos*

**R**ECUERDO, que atraído por el cebo de las fantásticas riquezas de mi pueblo colonial, cayó como llovido del cielo un comisionista de origen griego, personaje desconocido en aquella época, en asuntos de transacciones comerciales.

Su negocio —según él— se reducía a operaciones simples: compra y venta de objetos de oro, plata en barras y pinturas antiguas.

El griego, supo que la ornamentación de la iglesia, vajilla del cura y herraduras de los caballos de los hacendados, eran de oro macizo.

También, a manera de chascada, se le informó de la costumbre de los campesinos, de ensillar sus caballos con monturas de cuero de lagarto, luciendo estribos y pico de plata, y del servicio de noche de las indias, que por lujo tradicional usaban güacales del precioso metal.

Pero lo que más le seducía era la sencillez de los habitantes, fácil de engañarlos con baratijas en cualquier combinación.



Por vías de tiento, sin el propósito de realizar compras, hizo su debut por los callejones más orillados.

Al desembocar en la plaza del Calvario, vió estupefacto a una vieja con los dedos de las manos cuajados de anillos.

No pudiendo resistir la prometedora oportunidad, se atrevió con algo de timidez:

—Oiga, señora, ¿cuántos anillos lleva?

—Veinte, diez en cada mano.

—¿Son de oro?

—Resisten el ácido.

—¿Quiere por ellos este puñado de monedas?

—¡Venga ese puñado!

Ya el comisionista en su aposento, limó y probó con agua regia la compra, resultando que todas las sortijas eran de puro doublé.

Recurrió a la autoridad y expuso la estafa de que había sido víctima.

La vieja, al ser interrogada, repuso: antes de rematar la operación, el interesado preguntó si los anillos eran de oro, contesándole que «resistían el ácido». No hubo propósitos de engaño, señor juez.

El funcionario, dirigiéndose al extranjero, le cedió la palabra:

—Lo dicho por la señora, es cierto, pero....

—¡Silencio! La ley prohíbe los peros.

—¡Un momento, un momento, señor juez! —gritó la vieja—.

—Hable.

—Pido que multe dos veces al quejoso.

—Aclare, explique sus razones.

—La primer multa por haberme calumniado y la segunda por considerar burla incalificable, que una triste descalza haya intentado engañar a un hombre que viene de la civilización.

—¿Tiene más que alegar?

—Que una de las multas sea para mí y la otra para los cigarrillos de la autoridad.

—¡Cállese, y sepa que la autoridad no se vende!

—Como el juez anterior recibía la parte del secretario....

—¡Ah, ese es otro cantar!....

Y el pobre comisionista fué sentenciado sin lugar a apelación.



Habiendo salido trasquilado en la primera negociación, procuró en lo sucesivo ser más cauto.

Con esta precaución salió resuelto a la calle y comenzó a estudiar los grandes caserones de mayor representación, resolviéndose a llamar con los nudillos de los dedos las puertas que a primera vista le llamaron la atención:

Salió otra vieja a abrir y él tembló; nada quería saber de señoras maduras, pero al ver la cortesía de la dama que lo invitaba a sentarse, preguntó:

—¿Tienen objetos antiguos que vender?

—¿Qué clase de objetos, caballero?

—Algo así como pinturas de firmas conocidas; espuelas, sables o jarrones de oro.

—Mucho lo siento, pero lo más antiguo que conservamos, con devoción sin límite, no lo vendemos.

El comisionista, entreviendo posible negocio, dijo con énfasis:

—¡Pida, pagamos muy bien!

—Ni por todo el oro del mundo.

—Si me hace favor, ¿me permite ver esa reliquia?

—Pase —y le mostró a su abuelo— tomando baños de sol.

Hecho un basilisco se fué a buscar a su único amigo, el dueño de la *posada del viajero*, a preguntarle si tenía cara de perro o de qué! El hombre un poco extrañado le contestó, que desde su llegada se había formado el mejor concepto y no atinaba el por qué de su desasosiego.

—Sucede, que no sé si los clientes se burlan de la honradez de mis comisiones o de mi fachada.

—No se alarme, señor mío. Si quiere enriquecerse de la manera más fácil, tenga un poco de paciencia, siga el bajo a los parroquianos.

—¿Bajo? No entiendo.

—Lléveles la corriente. . . . ¿Comprende?

—¡Oh, muy bien, gracias!



Al día siguiente fué a ver al cura con el fin de proponerle los candelabros de oro de la iglesia, encontrándose con el sacristán,

oportunidad que aprovechó para interesarlo en la compra del cáliz de consagrar, corona incrustrada de diamantes y valiosos aretes de la Virgen Santísima.

El sacristán, ¡tembló de espanto! Por su mente nunca había pasado la idea de que existiera hombre alguno, capaz de proponer tan sacrilego comercio.

El buen siervo de Dios, sin demostrar desconcierto, explicó con mansedumbre indígena, que los ornamentos de oro de menor cuantía, insignificantes, de onza a libra, se encontraban bajo llave, pero en cambio le podía vender la campana mayor que pesaba una tonelada.

—¿Cómo, una tonelada? ¿De veintitún quilates?

—Oiga, señor: mi religión me prohíbe mentir, no pretendo engañarlo, le diré la verdad: la mitad es de oro y la otra de plata.

—¡Acepto, acepto! ¡¡Aceptado!! Pero dígame, para bajarla, ¿cómo haré?

—No se ocupe, ese detalle corre por mi cuenta: a media noche, cuando todo mundo se encuentre durmiendo, yo subiré al campanario, zafo las amarras y la echo guindo abajo.

—¿No se irá a quebrar?

—Precisamente, es lo que busco; así con mayor comodidad recoge los pedazos en costales, acarreando con su criado la mercancía en pocos viajes.

—¡Muy bien, muy bien!

Con satisfacción, el griego entregó al sacristán un pesado bolso como anticipo a la transacción.



Al regresar el cura de ayudar a bien morir a un su compadre odiado por los vecinos, hombre descorazonado, que prestaba dinero a real el peso, le explicó detalladamente el negocio haciéndole a la vez partícipe de la mitad del bolso.

—Y bien, hijo; ¿cómo piensas arreglártelas con ese gringo?

—No es gringo, padre, es griego.

—No importa lo que sea; ¿cómo?

—Muy sencillo: ya le dije que usted se marcha el viernes a Curarén a la función del Santo Sebo; que aprovecharemos su ausencia para derrumbar la campana.

—Bueno, muy bueno. Y en ese saco inflado, ¿qué guardas?

—Lo tengo lleno de pedazos de perol: es el atado que arrojaré de la cúspide de la torre.

El señor cura sonrió satisfecho de los alcances del sacristán, echándole la bendición.



El sábado temprano, amaneció la novelería entre el vecindario, de encontrarse seriamente golpeados el comisionista y su sirviente.

La autoridad interrogó a los dos, siendo imposible sacarles confesión del autor de las lesiones inferidas.

El dueño del hospedaje, con amenaza de multarlo y cerrarle el negocio, dijo que sabía de manera vaga, que la noche anterior, al pasar su comensal acompañado del mozo bajo el alero del campanario, habían resbalado unas tejas, posiblemente empujadas por gatos enamorados, cayendo sobre la testa de los marchantes.



Al siguiente día, domingo, el comisionista aún vendado, con afán preparaba sus maletas. A medio curar se marcharía. ¡Ya no le ilusionaba ser millonario!

A alguien que lo invitó a quedarse viviendo en el país, repuso airado:

—¡Cómo me insta a quedarme si su pueblo no es más que una cueva de ladrones!

—¿Lo puede justificar?

—¡Con mil testimonios! Fíjese en esta vara de hueso, tiene casi un metro de largo; pues la compré como pata de gallina, de las domesticadas, hace diez mil años por los mayas y resulta ser pata de marabú, de los que pueblan el estanque de don Casimiro. Y este ídolo, ¿lo ve? Tampoco es ídolo, es moldura desprendida de un viejo armario, y así todas estas «antigüedades», que ruedan

por el suelo, no son antigüedades, son estafas. Ahora, con la explicación, ¿insiste en que me quede?

—¡No, váyase! Su resolución avivará el famoso cuento árabe, de las mulas.

—¿Qué mulas?

—Las que fueron al desierto por cuernos y regresaron sin orejas.

No mientas, pero tampoco  
lo digas todo.

*JULIANO.*



## *Un Perfecto Fanfarrón*

**E**L zarco Patricio, sastre chapado a la antigua, gozaba de la singular fama de ser hombre locuaz y chambón en el arte de manejar las tijeras.

Nunca progresó en el corte ni en las medidas exactas: en vez de centímetro, gastaba un bollo de cáñamo, haciendo nudos en los extremos largos y gacitas de diferentes diámetros, en las partes gruesas, musculosas del cuerpo humano.

Como curiosidad, era digno de una exposición el archivo de apuntes de medidas, tomadas a los parroquianos vivos y a los ya juzgados de Dios.

Cada cordón guindado de su respectivo clavo, mostraba, pintado en la pared, signos y figuras peculiares, no el nombre.

Una mano —por ejemplo— significaba el compadre Juan; mano y raya, el compadre Tavo; una vaca, el lechero; par de estribos, chalán; un gallo, el gallero Lalo; gallo y raya, el gallero Mincho; un bastón con cintas de colores, auxiliar de aldea, y así el resto de las señas, de acuerdo con las profesiones u oficios.

También gustaba de la venganza con los malos pagadores.

En muro aparte, de manera más visible, aparecían otros símbolos incomprensibles a los ojos del profano.

Con cuernos de cabro marcaba a los maridos morosos, que a sabiendas se mostraban los desatendidos con las locuras de sus mujeres.

Con garras, a los ladrones de uñas escondidas.

Con ollas de barro, aparecían los contrabandistas de aguardiente.

Una gran jáquima, era el distintivo de los casados que trabajaban como burros y las ganancias no les alcanzaba para cubrir sus gastos personales, ya que el dinero se esfumaba en las franchelas de sus esposas, con los «elegidos» del corazón.

Los nombres de pila de estas personas, sólo cuando el zarco Patricio montaba en cólera, los hacía bailar en la mente de los murmuradores.

Debido a los reales que heredara su mujer, el popular sastre gozaba de relativas comodidades.

Su taller siempre se veía lleno, no de clientes, sino de admiradores, devotos de los fantásticos episodios de su vida de guerrillero y espadachín.

El zarco, cuando joven, se distinguió con el grado de teniente en los enconos intestinos, odios alimentados y promovidos por los señores que gustan vivir sin trabajar.

En los encuentros sin cuartel, «degolló», con su propia mano, no menos de cien indios panzones.

Ya ascendido a coronel, en duelo y celadas tendidas por sus enemigos, «mató» otros cien adversarios.

Por eso, con el mayor aplomo, se le consideraba el asesino más famoso nacido en el país, dejando atrás a los importados.

Las personas circunspectas, que por primera vez oían sus espeluznantes relatos, no lo clasificaban entre los perdonavidas vulgares, sino entre los más grandes criminales del mundo.

Solamente los contemporáneos del zarco le tenían como un perfecto fanfarrón.

En cambio, los oficiales del taller y otras gentes influenciadas con su verbo, decían que era un hombre temible, devorador de cristianos.



Un domingo, día que no era suficiente el número de sillas para acomodar a todos sus amigos, llegó un americano cargando lujosa valija.

- ¿El maestro? —preguntó—.  
—Para servirle —se adelantó—.  
—¿Usted es el esposo de la señora?  
—Yo soy; ¿qué desea?  
—Dicen que es muy hermosa.  
—Dicen. . . . Pero bien, ¿qué arreglos pretende usted con ella?  
—Solamente quiero rogarle tener la fineza de prestármela.  
—¿Cómo es eso; a mi mujer?  
—Sí, le pagaré bien.

Al escuchar el corto y provocativo diálogo, los presentes, un poco perplejos, desocuparon los bancos y se bajaron de las mesas a tomar posiciones estratégicas, cerca de las puertas de la calle. Sabían que el maestro era capaz de torturar a las mismas fieras con todo y cuero, y por consiguiente, ya daban por muerto al gringuito de cara lampiña, vestido correctamente, fumando tabaco de Copán en pipa de olote.

¿Cómo era posible pensar que al zarco, que había asesinado a centenares de compatriotas se le escapara la preciosa presa? Todos veían en pleno taller el cadáver del infortunado viajero, pero sucedió lo inesperado: el zarco, con maneras amables y temblando nerviosamente, invitó a sentarse al forastero, llamando al mismo tiempo a su mujer:

- ¡Petrus!  
—¿Qué manda?  
—Ven un momento.

Al sentir que el ruido de los pasos se aproximaba, el americano se apresuró a soltar las correas de la valija.

El maestro, al observar la maniobra, pensó en ocultas ametralladoras. Lívido, como fiera acorralada, de un gran salto se colocó tras el mostrador en previsión de singular batalla. El gringo pensó estar viéndoselas con un loco, mostrándose sereno.

Algunos amigos, al darse cuenta de que aquello ya olía a pólvora, con el pretexto de avisar a los familiares que residían a cien kilómetros a la redonda, salieron como perros quemados con agua hirviendo.

El zarco, haciendo uso de ecuanimidad nunca observada, se dirigió desde su trinchera a su mujer: este caballero, mediante buen salario, viene a pedirte prestada. ¿Aceptas?

Clavó fiera mirada al extranjero, preguntándole asombrada:

—¡A mí!... ¿Para qué me quiere?

—Dispense, señora: como usted es la mujer más bella de este pueblo, y yo represento la casa de modas más famosa de New York, le ruego andar estos trajes de seda, a fin de que usted sea la primera dama en lucir nuestras ricas telas.

El sastre, saliendo de su barricada, corrió gozoso a abrazar al viajero, mientras la mujer, media loca de alegría, agitando los trapos, gritaba: ¡De New York! ¡Miren, de New York!

Una mujer casada es una esclava que  
exige ser colocada en un trono.

*BALZAC.*



## *Pensamiento salvador*

— “**C**REA que su presencia tan a menudo por esta su casa, nos honra, pero ¿a qué se debe, qué le pasa?”

Cada dos o tres días el dueño del hotel me hacía la misma pregunta. Yo no me atrevía a satisfacer su curiosidad por razones especiales, contestando con una sonrisa enigmática.

Ante la sociedad, pasaba con mi mujer como un santo matrimonio. De ella, principalmente, se expresaban en términos honoríficos, por las muchas cualidades que venían a formar una especie de aureola a su vida de mártir.

De mí, se compadecían, considerándome un desgraciado, por mi carácter díscolo, hasta cierto punto irresponsable. ¡Lástima que el poeta tenga talento!, —concluían—.

En mi casa vivía en un ambiente pesado, creado por mí mismo, y solamente discurría en la calle a fin de calmar mi temperamento altamente belicoso.

En el seno de mi familia todo lo repudiaba. De ahí que el propietario del hotel, sabiendo que tenía hogar, le extrañara que sin ninguna compañía frecuentara a menudo su establecimiento y otras pensiones en busca de alimentación y cama para dormir.

Era tal mi mala crianza, que si notaba mis corbatas mal aplanchadas o a la camisa le faltara un botón, arrojaba las prendas al cajón de los desperdicios y me marchaba a la tienda a reponerlas.

Mi pobre mujer, que nunca protestaba por considerarme enfermo, ni yo que le daba explicaciones, se torturaba el cerebro en

averiguar el por qué echaba al montón de basuras piezas de vestir en buen estado.

Si en su tribulación se olvidaba a la hora del almuerzo poner pan en la mesa, me comía *vacíos* los alimentos antes de reclamarlo. Este olvido sin importancia, me encolerizaba e inmediatamente me trasladaba al hotel, permaneciendo de mal humor por varios días, mientras ella, como es de suponer, sufría indeciblemente.

Por las cosas más nimias me incomodaba, y a sus preguntas—cuando se atrevía a hacerlas— respondía con monosílabos.

No sé quién le aconsejó que el asunto mío era cuestión de nervios; que buscara los servicios de un matasiete para que me apaleara, único remedio de volver a la realidad. Ella, que era toda abnegación, se opuso, alegando que todo lo dejaba en manos de Dios.

Pasaban los meses, venían los años y los disgustos se acumulaban de tal manera, que un día pensé alejarme del hogar sin despedirme, y refugiarme en país extranjero, con el propósito de cortar toda comunicación.

En momentos lúcidos, me decía a solas, que ya no era humano seguir martirizándola con mi genio montaraz. Colocado en una encrucijada, sólo en la huida tenía fija la idea para bien de ella y mío.

Mi salud principiaba a descender de manera alarmante, al extremo de haber perdido en el último año, la tercera parte de mi peso normal.

Una noche que seleccionaba mis cosas para el viaje y destruía papeles inútiles, hojeando un libro me encontré con un recorte de periódico, en el cual se leía: «Matrimonios felices son los que renuncian a la inteligencia incomprendida y concilian sus caracteres».

Inmediatamente recordé a mi mujer, siempre que me veía de buen humor, su cara irradiaba gozo; era buena, dulce en su trato, pronto a servir mis caprichos. La hacía sufrir si necesitara algo y no se lo indicara, prefiriendo tragar bilis antes de reclamar cualquier cosa que desgraciadamente se le pasara por alto debido a su estado nervioso, culpa de mi insolente proceder. ¡La pobre se atormentaba queriendo adivinar mis impertinencias!

Pues bien, el pensamiento salvador me hizo reflexionar de manera tan honda, que llegué a convencerme de estar atravesando por un período de profunda neurosis sin haberlo notado antes, convirtiendo por mi culpa en un infierno mi tranquilo hogar. Era preciso, pues, hacer concesiones, de cambiar de carácter, de renunciar a las violencias estúpidas, a la altanería sin fundamento y tratar a mi mujer en la forma digna que se merecía.

Después de una noche de meditaciones, comprendí que el pensamiento era mi tabla de salvación, y, a la mañana siguiente, lo primero que hice en el desayuno fué pedir panqueques con mantequilla. A mi mujer, sorprendida por el cambio operado, se le rodaron las lágrimas de gozo; era la primera vez, después de cinco años de intranquilidad, que externaba un deseo.

Y así en los días sucesivos, mediante un adecuado tratamiento médico, poniendo de mi parte toda mi buena voluntad, las cosas marcharon de la manera más afectuosa. Al poco tiempo me sentí tan bien, que me consideré un hombre feliz, y hoy después de tantos años de aquella borrasca, todavía reprocho mis groseras maneras.

Fué tan vehemente mi deseo de curarme a fin de reparar las faltas cometidas en el seno de mi familia, que desde un principio me dijo el facultativo:

—Vea, poeta, pronto estará bien.

—¿Así lo cree usted, doctor?

—Su resuelta voluntad está buscando rumbos accesibles a un estado de plena primavera.

Renuncié el rictus frío y abrí el paréntesis de las comisuras a la vida prometedora.

Hoy, rodeado del cariño de mis hijos, describo esta laguna de mi existencia, para que los hombres que atraviesan por la misma desesperación, busquen el lenitivo de la comprensión de caracteres, renunciando al empecinamiento intelectual, como única medida salvadora.



Las más de las veces se busca la felicidad  
como se buscan los espejuelos, cuando se  
llevan sobre la nariz.

*GUSTAVO DROZ.*



## *La Clave del Bien y del Mal*

**T**ODOS los años la feria del carnaval toma proporciones rumbosas.

Las gentes, que acuden a millares, se entregan con desenfreno al juego de cartas, a la bebida y a los amores fáciles. Muy pocos reparan en los corrales de cerdos y cabros; ni en los puestos de granos y géneros.

Entre los negocios típicos se destaca uno, en lo más arrinconado de la plaza: *la clave del bien y del mal*.

A una mujer, como la mayoría del mismo sexo que salen a la calle sin objeto alguno, le llamó la atención a su marido al leer el rótulo luminoso; el hombre, no hallando qué decir, se aventuró: «posiblemente alquilan trajes de disfraces». ¡No! —repuso con fuerza—; fíjate en los estantes vacíos.

Al fin, urgido por la mujer, casi de arrastra logró llevarlo hasta la puerta, acercándose ella al mostrador, momento que aprovechó el esposo para alejarse a pasos largos.

—Dispense, señor, ¿podría decirme, qué clase de artículos expende en su tienda?

—Ah, señora, son tantos. . . . , que necesito disponer de muchas horas para enumerarlos.

—Son tan insignificantes, que no se ven por ningún lado.

—¿Cómo ha dicho, insignificantes?

—No se altere; quiero decir, pequeños.

—Antes de continuar, dígame, ¿por qué la dejó sola su compañero?

—Porque no cree en mi profesión.

—¿Cuál es?

—Soy nigromántica.

—Ya comprendo. . . . Bien, volviendo a su intriga, sepa que mi mercancía no podrá verla hoy ni nunca; precisamente porque usted pertenece a la clase de personas que tienen oídos y no oyen, ojos y no ven.

—¿Por qué prejuzga?

—Soy un sastre en eso de conocer el paño. Sé que usted no será mi clienta, la anima un espíritu de curiosidad; sin embargo, pueda que con el tiempo se convierta en mi mejor propagandista, y en atención a esta esperanza, con gusto satisfaceré sus deseos: aquí, señora, solamente se compran y venden *artículos* etéreos, espirituales, intangibles, todo inconsútil, nada de cosas materiales. ¿Vió a un grupo de tres hombres que salía al entrar usted?

—Sí, los ví, y en plática muy animada.

—¡Claro!, si les acabo de quitar una brasa de las manos. Fíjese que son cuatro hermanos por todos; el restante está peleando en los tribunales con los que acaban de marcharse; pelean la herencia intestada del padre. Solamente en papel sellado, adelantos a los abogados y borracheras al juez que conoce el asunto, se han gastado la tercera parte de los bienes. Amargados con tanta triquiñuela de sus defensores por alargar la decisión de la Corte y así continuar comiendo y bebiéndose la herencia, vinieron a que les comprara el pleito. Sucede que los tres que me visitaron son hijos bastardos, y el único legítimo alega que no tienen derecho. Yo, después de un análisis rápido del litigio, en el acto comprendí que la ley protege a unos y otros, y me decidí a comprarles la bronca. Esta es una clase de los muchos negocios que hace la clave. ¿Va comprendiendo?

—Voy entendiendo, y mil gracias; hasta luego.

—No, no se marche; a fin de que se forme un juicio completo, haré más extensivas mis informaciones. El año pasado —por ejemplo— cuando ya tenía cerradas las puertas del establecimiento, llamaron con precipitada nerviosidad. Creyendo que a algún vecino le ocurría algo grave, abrí. No era ningún vecino ni cliente. Era un viejo amigo, el doctor Tripas; raras veces se asoma

por esta su casa, y cuando lo hace lo recibo con muestras de gran cariño. Dicen que anda medio chiflado, lunático; yo no lo creo. Es un hombre superior al medio, de ahí las habladurías; únicamente se encuentra abatido desde el día que su mujer se escapó con el sobrino, llevándose sus ahorros. Inmediatamente lo invité a pasar, no a la sala, sino a la cocina. ¡Siente un placer inmenso por manejar cacerolas y sartenes! Aunque yo había cenado, tuve que comer nuevamente, de lo contrario, no hubiera aceptado; es un hombre susceptible, y yo no quería echar a perder la plática que me esperaba: es el conversador más ameno que conozco.

Pues bien, entre bocado y bocado, me expuso la idea que traía inmente: «vengo —habló con solemnidad— a que explotemos el filón de un buen proyecto».

Sea concreto —argüí— que si se trata de algo realizable, esta misma noche le adelanto la plata. «¡Qué plata de la perica!», y me clavó sus ojos vidriosos como si realmente estuviera loco, y continuó:

—Mi proyecto, o como usted quiera llamarlo, estriba en lo siguiente: los principales hombres del gobierno y la industria fueron mis antiguos condiscípulos; ellos, al saber de mis desventuras, en repetidas ocasiones y por distintos conductos han querido sacarme el pie del lodo. Yo, apegado a un mal entendido retraimiento, he barajado tales promesas. Ahora, después de hondas reflexiones, estoy dispuesto a aceptar la ayuda ofrecida. A esto se debe mi visita en noche tan intempestiva; antes de amanecer quería comunicárselo, a fin de que usted me facilite un par de trajes y aditamentos necesarios con el propósito de aparecer presentable ante los amigos.

—No tendré inconveniente; pero dígame, doctor, ¿busca alguna sinecura?

—No, hombre, yo no he nacido para esclavizarme en un empleo. ¡Venderemos influencias! No tanto a los nacionales como a los extranjeros. ¿Qué le parece?

—Trato hecho.

Pues al partir, señora, de esta operación, el viejo doctor ya se ve remozado en su aspecto físico, haciendo, indudablemente, los

tres tiempos de comida. Tocante a lo económico, no digamos, ha triplicado sus pérdidas, alcanzando su servidor una buena participación. Esta es otra, señora, de las transacciones que se ocupa la clave. ¿Ha entendido mejor?

—Hoy si tengo un concepto más claro de sus evoluciones. Crea que seré su mejor propagandista.

—Así lo espero. Antes de marcharse deseo relatarle la historia de otro cliente. Se trata de un hombre que no es joven ni viejo; cifra en la edad indefinible de ciertas personas que, por su buen barro de que están hechas, fácilmente esconden los años. El hombre, como le pasó a usted, al ver las vitrinas vacías, simuló estar desorientado. Yo, comprendiendo su objetivo, le infundí confianza, hablándole de lo alegre de la feria y de la suerte de algunos dichosos en el juego de la ruleta. Aparentó oírme, moviendo maquinalmente la cabeza, y en una de las pausas, abrió el pico: «quiero, señor Grafi, que me venda un remedio infalible».

—Aunque no sé de qué se trata —repuse— puedo darle a escoger entre mil.

—¿Tiene seguridad?

—Clientes como usted desfilan a diario por aquí. Comprendo que sólo algo que se relacione con su conciencia, pudo haberlo traído hasta la clave; sin embargo, no queriendo interrumpirlo, sírvase continuar.

Después de registrarse las bolsas, sacó un cigarrillo y lo encendió. A continuación se estuvo paseando a pasos largos, desplomándose por último en esa poltrona en que está usted sentada. Me miró con ojos desesperados, resolviéndose al fin:

—«Vea, señor Grafi, en el barrio de Las Escaramuzas, viven dos hermanas, eran tres, una ya no existe. Las vivas son Sirga, la menor, de veintitrés años, y Tracia, la mayor, de treinta y cuatro. Por uno de esos pasatiempo mal entendidos, sin plan definido, principié flirteando a la menor, sin ponerme a reflexionar que tarde o temprano vendrían los desengaños, al estar con mi proceder obstaculizando el porvenir de una mujer con promesas que nunca realizaría. Cada vez que pasaba a mi oficina era escasa la obligada la casa de mi novia; por las noches íbamos al cine del barrio o de paso a los centros de baile.

«Al pasar los años, como es de suponer, señor Grafi, Sirga vivía urgiéndome señalar la fecha del matrimonio, cosa que nunca había pasado por mi cabeza; siempre barajaba compromisos y renovaba promesas. A todas estas mentiras ella reforzaba sus argumentos con el cuento de la suerte que corrió la hermana de enmedio, que no conocí, quien en un momento desesperado mató a su prometido por un engaño semejante, matándose ella a continuación. Ahora sucede lo que tenía que suceder: otra mujer se ha atravesado en mi camino y hoy se cumplen tres meses de no ver a Sirga, fecha que ella se ha encargado de recordármela, al darme un mes de plazo para que resuelva si «quiero vivir o morir», según su ultimatum.

«Yo que temo, señor Grafi, un desenlace trágico y no queriendo abandonar mis bienes raíces, he venido expresamente a que me oriente, a que me salve, cueste lo que cueste».

El hombre, señora, un poco emocionado guardó silencio, y al reaccionar nuevamente, le pregunté:

—¿Tuvo usted relaciones íntimas con su novia?

Se irguió, cuán largo era, y gritó resueltamente:

—¡No, señor, palabra de hombre!

—Entonces, cálmese. Su caso es de lo más sencillo de resolver satisfactoriamente y con creces, así como lo oye, con creces. Vea, marchante: escriba una carta, de manera sigilosa, a Tracia, la mayor, diciéndole que en tal restaurante desea cenar con ella, con el propósito de tratar asuntos privados, de familia. Una vez que la tenga frente a la mesa, previas copas de vino, principia con palabras melosas, con las más dulces de su repertorio, le abre, poco a poco su corazón mentiroso y le dice en forma elocuente, que usted nunca pensó cortejar a Sirga, que todo su cariño estaba y está reconcentrado en ella; que si nunca le habló de amores, culpa de su hermana quien siempre se opuso, al sospechar que su afecto se inclinaba a ella desde que tuvo la dicha de conocerla. Y para probarle sus nobles sentimientos, dígame que está listo a ofrecerle su mano el momento que quiera; y por último le grita con énfasis: ¡hoy mismo si desea!

—¿Y qué pasó?

—Considere, una propuesta de matrimonio relámpago, con visos de verdad, a una mujer de treinta y cuatro años, no dejó de

inquietarla. Por razones de vergüenza elemental, por pudor, se aplazó la boda, disponiendo primero calmar los ímpetus de la hermana menor. Mientras tanto maduraba su plan con la esperanza siempre reverdecida, con maña sutil fué poco a poco, descartando a Sirga, y cuando logró plenamente conseguirlo ya había transcurrido mucho tiempo; al menudear los coloquios con el apuesto far-sante, nació de las secretas entrevistas un robusto varón.

—Francamente, señor Grafi, no alcanzan los dedos de las manos para contar transacciones tan raras, por su índole.

«La clave ocupa el primer puesto en su género en el país», —dijo una encantadora mujer— que vino a venderme una sortija en cinco dólares.

—¿La adquirió?

—Repito: no compramos ni vendemos cosas materiales. Eso sí, al momento comprendí que el apuro de la señora se resolvería con un golpe maestro de psicología barata.

—Ruego explicarme.

—Al contemplar el porte magnífico de la clienta, me puse a examinar detenidamente la joya, mientras tanto ella me refería que la había adquirido en una venta de piedras falsas en New York. El anillo, que parecía de plata, burilado alrededor del aro artística filigrana, luciendo engarzado un hermoso zafiro limpio, daba la impresión de prenda legítima, por su primorosa imitación. No procure venderla —la aconsejé— por los cinco dólares que la obtuvo; nadie le ofrecerá un centavo al asociar el precio irrisorio con el deslumbrante aspecto de la joya, provocaría la desconfianza. Vaya en mi nombre donde *cara de gallo*, viejo verde que «todo lo entiende», y le dice que le haga el servicio de prestarle treinta pesos sobre su talismán, con la condición de regresarle cuarenta dentro de diez días, improrrogables.

—¿Los consiguió?

—Claro. Le dieron la plata y el anillo se perdió. El muy usurero, contento de haberse quedado con él, lo regaló al cura para que lo rifara y con el producto comprara un manto a María Santísima.

—Muy agradecida, señor Grafi, por sus pacientes detalles. Eso sí, antes de retirarme, quiero manifestarle, que todos sus ac-

tos los considero ajustados a sus malignos propósitos. Lo que veo demás son sus estantes y vitrinas vacíos; le bastaría operar desde su escritorio.

—Vea, señora; para que sea menos pesado, menos duro el pan que a diario trabajamos, debemos abandonar el largo camino escabroso y tirarnos por el corto atajo de los trucos. ¡Es una desgracia ganarse la plata honradamente!

—Perdone, señor Grafi; ¿me permite ser un poco más sincera?

—Hable.

—Considero inmorales sus puntos de vista. ¿No le parece, que en vez de la clave debería llamarse su centro de atraco, *la bolsa o la vida*?

—¿Conque esas tenemos? Ya veo que es mujer de uñas escondidas y las mostró en su oportunidad. A mi edad, con un pie en la tumba, no cuelan observaciones.

—Nunca es tarde para rectificar. La historia está poblada de nobles ejemplos.

—¡Ah, señora; la historia no es más que una experta cocinera en eso de dar gato por liebre!

Sepa, y no olvide, que «no son los lecheros los que venden leche, sino los que tienen leche...»



Ni por tener dinero gastes inútilmente,  
ni por tener sal en casa eches mucha  
en la sopa.

*KEMPIS.*



## *Cundo Maraita, para servir a usted*

**F**RENTE a mi domicilio pasó un cortejo fúnebre.

Adelante iba el carro pelado, es decir, sin coronas que atestiguaran las amistades que dejara el desaparecido en este valle.

Atrás, penosamente, caminaba a lágrima suelta un matrimonio de viejos, y de manera disimulada los seguía un hombre joven, saco a cuadros, calzones verdes, zapatos amarillos, fumando delicioso habano y regañando a cada paso a un hermosísimo perro, sujeto de larga cadena de níquel. Diríase miembro de alguna pantomima ambulante.

De manera deliberada me agregué a los dolientes, no por sentimientos humanos, sino por hacer ejercicio en compañía de alguien.

En vida no había conocido al difunto, tampoco a los que caminaban tras el cadáver.

Sí, entendía, que para llegar al cementerio, recorrería unos cuatro kilómetros a pie. Por consiguiente, me era imperioso relacionarme con cualquiera de los cinco, (incluyendo al perro y al muerto).

No quería andar tan largo camino con el pico cerrado.

Así deliberaba en momentos que el joven arrojó una colilla de puro e inmediatamente encendió otro. Este simple detalle me franqueó la ocasión para elogiarlo:

—¡Qué aromáticos habanos fuma usted!

—Crea que para mí no son una delicia, son un tormento; soy enemigo del tabaco.

—No me explico verlo echar copos con pasión desenfrenada sin que sienta el menor placer.

—Así es. Fumo por prescripción médica. Sólo con el puro encendido se libra uno del contagio de las pestes que flotan a la entrada de los cementerios u hospitales, máxime en el presente caso: fíjese en la caja media abierta; fué imposible echarle llave, dejando escapar como usted ve, un reguero de microbios.

—¿Por qué no la cambiaron por otra más holgada?

—Me extraña su observación conociendo la testarudez de mi padre. El ataúd lo compró de segunda mano, estipulando en el testamento de manera terminante, ser enterrado en él; de lo contrario, la mitad de la fortuna pasaría a la bolsa del primer abogado que denunciara la falta de su cumplimiento.

Temiendo despertar sospechas, guardé silencio. Si alargaba la conversación sobre el tema, revelaría mi completo desconocimiento de la personalidad del fallecido.

Claro, al verme formar parte de aquella murga me tomaron por su íntimo. ¡Ni su nombre sabía! Nadie, sin ser deudo, se hubiera expuesto al ridículo de marchar tras el carro destartado, a remolque de un caballo que de flaco, daba lástima; cajón incompleto, rodeado de viejos que inspiraban compasión y de un chiflado de traje pintoresco, tirando de la cadena del can embosado. En fin, el conjunto daba la impresión del entierro de un mendigo, no de persona que dejara depósitos en los bancos.

Lo único de admirar era el hermoso perro danés.

De pronto, sofrené el desbocamiento de mis prejuicios al oír que el joven me dirigía, por su cuenta, la palabra:

—¿Ha viajado usted?

—Mucho.

—Le hago esta pregunta porque pienso invertir en vastas empresas el capital heredado, aceptando como socio industrial a persona que haya recogido experiencia a su paso por el mundo.

—Si usted gusta, puedo visitarlo para que hablemos sobre el particular.

—Esperar su visita equivale a perder valiosa oportunidad. Aquí, paso a paso, planearemos las primeras operaciones. Al

llegar al cementerio ya nos habremos entendido sellando sobre el cadáver de mi padre, con un apretón de manos, nuestro formal compromiso. Su espíritu presidirá las futuras transacciones.

Aunque noté desde el principio que el sentido común le fallaba a mi socio providencial, simulando el más vivo interés, principié a explorarlo:

—Dígame, por lo pronto, ¿tiene algunos proyectos inmente?

—Muchos, y le probaré en un decir ¡Jesús! Vea, amigo: dispense que lo trate así, ya no recuerdo su nombre.

—Chon Calor, para servir a usted

—Cundo Maraita hijo, (besa sus manos). Pues bien, don Chon, en estos momentos mis concepciones bullen desaforadas, pugnan en la estrecha urna de mi cerebro, se atropellan por salir.

—¡Echelas, don Cundo!

—Vea: a mi no se me va cerdo con mazorca; al ver desajustado el ataúd de mi padre, se me ha ocurrido montar sastrerías de cajas mortuorias. ¿Qué le parece?

—Francamente, veo confuso su pensamiento. No sé la relación que exista entre un muerto y un taller de costura.

—¡No, amigo, no se confunda! El procedimiento será sencillísimo: en vez de instalar fábricas de ataúdes como lo acostumbra los obreros faltos de seso, nosotros montaremos SASTRERIAS FUNERARIAS. Para ello mandaremos empleados expertos a los cuatro rumbos de la ciudad, a tomar medidas completas de los vecinos, para hacer a cada uno su respectiva caja. El día que alguien se muera, ya sabrán sus familiares dónde encontrar el cajón archivado conforme a sus dimensiones. ¿Qué le parece?

—¡Estupendo!



Una vez sepultado el cadáver del señor Maraita padre, me dí a la tarea de buscar informaciones sobre las actividades que en este mundo desempeñara el desaparecido.

Sabiendo ya el nombre del hijo, se me hizo fácil averiguar que había legado un buen capital amasado con lágrimas de los infelices que, por una vagatela, perdieran sus prendas empeñadas

en la casa de préstamos que Maraita tenía establecida frente a la iglesia del Señor de las Misericordias.

Al recoger este y otros detalles, lo hacía con repugnancia, únicamente me halagaba la promesa de formar parte de la sociedad colectiva aportando mi experiencia de vagabundo.



Dos días después de haberme despedido de don Cundo en la puerta del cementerio, le hacía la primera visita.

Quería que continuara escuchando sus proyectos, y a la vez, que yo expusiera los míos. A continuación firmaríamos la escritura social.

—Dispense don Chon —principió— que yo me adelante a cederme la palabra. Si me contengo, puedo estallar. Necesito, pues, del escape de mis gestaciones.

—¡Oh, amigo mío! Solamente en el glóbulo de las orejas revela su brillante inteligencia, no digamos en la punta de la barba. ¡Su mentalidad es aplastante! ¡Hable, amigo, hable!

—Me apena confirmarlo, pero así es. Usted es el primer hombre que sin egoísmos reconoce mi sabiduría.

—Se requiere ser malo o miope para no apreciar en los contornos de su cabeza, la luz que aprisiona en su cerebro. ¡Luz mágica!

—¿Mágica, dijo?

—¡Sí, maravillosa! —prosigue—.

—Pues, como venía diciendo, mis irradiaciones, por lo que veo, no se le han pasado inadvertidas en la fuerza de mis escapes. Ahora, por ejemplo, recordando a los vecinos que encontramos en la larga avenida del cementerio, todos llevaban el hambre pintada en sus caras por falta de nutrición. Nosotros, simulando sentimientos generosos, compraremos quinientas burras, las encamionamos y mandamos a vender dedales de leche a las puertas de los anémicos.

—¿Burras en camión?

—Sí, ¿qué le parece?

—¡Magnífico!

—También celebraremos contratos con su Serenísima Excelencia el señor Arzobispo a fin de blanquear las iglesias del país por medio de un procedimiento fácil y económico.

—Me parece que el gasto de costosos andamios pueda comerse las utilidades.

—¡Nada de andamios! Sencillamente construiremos tanques de madera desarmables, los llenaremos de agua de cal y adaptándoles potentes mangueras, desde el atrio del templo blanquearemos en cinco minutos la fachada de cualquier iglesia. ¿Qué opina?

—¡Fenomenal!

—Ahora, don Chon, exponga sus proyectos.

—No es posible, señor Maraita.

—¿La causa?

—Me considero muy chiquito al lado suyo.

—¿Será posible, que sin haber viajado pueda superar a los hombres de mundo?

—No se sorprenda: lo que pasa es que usted nació con chispa genial, necesitando únicamente de la ocasión para imponer su mentalidad arrolladora.

—Siendo así, usted se encargará de la contabilidad teniendo derecho a los dividendos.

—Perfectamente.



El año siguiente, el de los inventarios, fué el año de los lamentos. Al darse cuenta del déficit aterrador en todas las actividades emprendidas, dijo rencoroso:

—¡En resumidas cuentas, usted fué el único que ganó!

—Repáre don Cundo, que yo no he participado de ningún dividendo.

—Es cierto, pero considere que mensualmente estuvo recibiendo íntegro su sueldo de tenedor de libros. ¿Y yo? ¡Oliéndome el dedo!

—Estos pagos están fuera. . . .

—¡Sí, —interrumpió— fuera de la caja!

—Cálmese, tenga un poco de juicio. Seréne y busquemos los medios de atajar la corriente de las pérdidas, o conseguir prudencial equilibrio.

—¿Le parece, don Chon, jugar a la lotería?

—Vea, don Cundo, para cubrir el déficit necesitaría sacarse el gordo diez veces consecutivas por el espacio de un año, combinación que en la práctica resultaría problemática, por no decir imposible.

—¿Falsificar billetes de banco de a cien pesos cada uno?

—Además de lo inmoral, es delito penado con presidio.

—Demos, pues, dinero sobre primera hipoteca a un cincuenta por ciento mensuales.

—Primero el cliente se deja meter el cuchillo en el pescuezo antes de pagar interés tan criminal.

—Propongamos la patente de los calzones de gallo con su ingeniosa bragueta.

—No, amigo; no se muestre infantil.

—Ahora soy infantil, ¿no tengo mentalidad arrolladora como me lo dijo al principio? Entonces, ¿qué vamos a hacer?

—Por lo pronto, por mientras mejora la plaza, es preferible no arriesgar un centavo más.

—¿Eso quiere decir que cierre toda especulación?

—Efectivamente.

—¡Me ha engañado! Pensé encontrar en usted a un hombre audaz en materia de concepciones comerciales, pero a última hora veo que no sirve para nada. ¡Me ha engañado! ¡Queda fuera de la sociedad, seguiré yo solo, sin estorbos!



Tiempo después encontré sudando copiosamente a mi ex-socio, ofreciendo al comercio huevos y pollos por millares.

Cuando la suerte le ayudaba a colocar una orden y los dueños del establecimiento le preguntaban por la fecha de la entrega del pedido, respondía:

—Por ahora estoy asegurando las ventas probables; en seguida organizaré la cría de gallinas.

Llegó a enfrascarse tanto en sus fantásticas lucubraciones, que se temió fuera a parar al manicomio.

Dichosamente, a medida empobrecía le bajaba la fiebre de sus desorbitantes preocupaciones.

Cuando ya no tuvo un centavo qué gastar, entró en completo sosiego.

Los dos viejos sirvientes que acompañaron a su padre a la última morada, que supieron guardar sus ahorros, al verlo desamparado le ofrecieron un campito donde extender su catre.

El ayudaba a los gastos de la casa acarreando atados y alquilando el perro a los hacendados ganosos de mejorar sus razas desmedradas.

Al oírlo feliz cantar en plena calle retazos de canciones nacionales, decían los antiguos conocidos:

—¡Vaya, al fin desapareció el hombre de las alucinaciones para surgir el hombre de las realidades!



Hay una felicidad de la que no nos damos suficiente cuenta: la ausencia de la desgracia.

*MICHEL CORDAY.*



## *Su Conciencia era su Propia Lámpara*

**D**E un grupo de vagos que interrumpía el paso en la esquina del mercado, se desprendió un hombre que por sus trazas, lo tomé por mendigo.

Al tenderme la mano, correspondí con amable sonrisa, sin acertar a llamarle por su nombre.

Mi actitud confusa, lo hizo hablar primero: «Profesor, soy Glifo...».

Tuve que hacer un esfuerzo mental para reconstruir al Glifo que yo había conocido.

—¿Cómo has venido a parar a menos?

—Mi vida, profesor, es una novela; sería largo, larguísimo contarla.

—Estás en lo cierto; cada hombre tiene su historia.

—Si es así, la mía es trágica.

Volvió la vista a los compañeros que lo esperaban, apagó un ojo, —diríase mensaje cifrado—; se compuso el pedazo de sombrero con que se tocaba el pelo enmarañado y sacando de la bolsa sucia chicle sucio, al masticar, preguntó:

—¿Cuántos años hace que no lo veía?

—Muchos; he perdido la cuenta.

—¡Quién lo creyera! En un suspiro me hundí en el fango. ¡Culpa de un golpe de suerte!

Sin pensarlo, al oír su ocurrencia, reí a carcajadas; él, extrañado, indagó:

—¿Por qué lo celebra?

—¿No te parece un contrasentido decir que los caramelos son amargos?

—Le explicaré y le anticipo darme la razón. ¿Recuerda cuando trabajaba como tenedor de libros en una de las dependencias de la compañía bananera?

—Como si fuera ayer; tu posición bastante holgada.

—Pues en aquella época me aboné a un número determinado de la lotería nacional y quiso mi desgracia, sacarme el gordo en sorteo ordinario.

—¿Por qué dices desgracia?

—Porque a mi dicha debo mi ruina. El embrujo del azar se detuvo a mis puertas y perdí la cabeza al considerar mi situación bonancible, —vanidades de la juventud—. Antes de cobrar el premio, lo primero que hice fué la primera tontera al renunciar del empleo, tan bien remunerado. Mientras llegaba la plata de la capital, los hoteles y tiendas se disputaban el honor de mi firma al pie de los vales. El despilfarro no se hizo esperar, sin tregua ni freno. Y como todos mis actos los gobernaba la miopía al garete, en cada puerto conquisté una novia, novias que aceptaban gustosas otros amoríos mientras tuve plata; al considerarme grande, en vez de tomar el tren para ir a verlas, cargado de regalos, pedía motocarros expresos, fuera de los gastos a la llegada, en las tabernas, con los vividores de siempre.

¡Hasta me dió por la chifladura del juego de póker!

Para no hacerle largo el cuento, a los quince meses de vida artificial, presintiendo el derrumbe, reparé en el último saldo del banco: solamente dos pesos tenía a mi favor. Entonces sí desperté a la real realidad, y no queriendo todavía dar mi brazo a torcer, continué llenando ciertas fórmulas sociales con créditos, créditos que al no pagar a tiempo, poco a poco me iba cerrando sus puertas. Los amigos que me bebieron y mujeres que me explotaron, en el mismo grado se alejaban.

Cuando los recursos se agotaron y llegó la hora de buscar el lecho sin cenar, eché mano del radio, los muebles, la ropa, y ¡hasta la cama vendí!

—Siendo tuya la culpa, ¿por qué te quejas?

—Si quiere, profesor, perder a un tonto, dele dinero o mando. Tarde lo reconocí, me faltó la comprensión necesaria. Y lo que más me duele es pensar que Dios me tiene de ejemplo de los vivientes y a ello se debe mi inconformidad. Pero esto no es todo; creyendo volver sobre mis pasos olvidando el pasado, me acerqué nuevamente a la compañía a solicitar un puesto relacionado con mi profesión, respaldado del viejo record de trabajo. ¿Y se imagina qué me ofrecieron?

—No acierto.

—¡De palero!

—Se trataría de una broma.

—No, de un castigo.

—¿Después, qué camino tomaste?

—El de la perdición. Me entregué a la bebida, rodando meses y años por los bajos fondos. Y como si mis desventuras fueran pocas, una mañana tropecé con el diablo de botas militares y uniforme estrafalario. Su propuesta me tentó.

—¿El Diablo en persona?

—Representado por el nuevo comandante de armas. En una visita oficial que hiciera a bordo, me vió cargando tallos de bananos y al reconocirme, hizo señas de seguirle. Al llegar a su despacho, me nombró, de golpe y porrazo, capitán de compañía.

—¿Dónde lo conociste?

—Milité bajo sus órdenes por los pueblos del oriente. Sólo mi situación desesperada me obligó a aceptar, conocía de sobra sus desafüeros a sangre fría.

—¿Cómo se llamaba?

—Sólo recuerdo su nombre de batalla: *general gato quemado*.

—¿Y ese apodo tan extravagante?

—Tiene su historia. En el asalto a la plaza de Yuscarán, del techo de una casa, perdió el equilibrio rodando sobre el tejado, y al precipitarse en el vacío, como los gatos dió una voltereta en el aire, cayendo sentado sobre una olla hirviendo de nacatamales, cocinándose las nalgas. De ahí arranca el apodo que, como fierro ignominioso, le clavó la tropa.

—¿Duró algún tiempo su protección?

—Gracias un año corto. Aunque pasaba más o menos bien, —respecto al sueldo—, no soportaba el régimen despótico implantado en el cuartel, de lo más depravado, de relajamiento moral, de corrupción criminal, de atropellos continuos. Vida de perros, imposible de acomodar a las insolencias del mandón.

El comandante era uno de esos generalotes analfabetos, sin el menor respeto a los subalternos, a la sociedad, ni a la propiedad privada. Si quería —por ejemplo— emborracharse, «¡qué vaya Glifo a traerme guaro o lo que encuentre!» Yo, con vergüenza, me allegaba al comercio y pedía en su nombre una caja de whisky, caja que nunca pagaba. Como no entendía del aseo de ropa, al verse sucio se ensartaba los vestidos nuevos que le traía, importándole un comino que le vinieran a la medida, ya que nunca le pasó por la cabeza preguntar por su valor. Al salir a la calle, daba la impresión del paseo del circo con la mojiganga al frente, y, ¡guay del que intentara burlarse! Y así, en este orden, no sólo cometía pecados mortales en forma descarada, sino que se echaba contra personas dignas de todo respeto, principalmente, contra sencillas mujeres que acudían a su presencia en asuntos relacionados con el cargo.

Si a media noche se le metía entre ceja y ceja apalear a gente que le caía mal, «¡manden a Glifo con la escolta, que los majee a palos!» —gruñía—.

Desconociendo totalmente la vida en sociedad, vivía aislado. A los tiempos de comida había que verlo, era un perfecto marrano; cómo maldecía a los inocentes cubiertos, se batía con los dedos y al sacudirlos a cada bocado, pringaba de manteca y desperdicios, la mesa y el piso.

Una vez dos gringos que tenían interés en comprar los cocaes de Puerto Sal, bajo su custodia, le ofrecieron una cena. Llegada la hora, tuvieron que renunciar diplomáticamente a los platos condimentados, al reparar en *gato quemado*, echando fuego con los ojos contra la cuchara y el tenedor al lado de los macarrones, reduciendo la cena a música de fonógrafo, sandwiches y cervezas. Era un ogro con alas, alas dadas por los hombres sin un sentido definido de lo que vale la convivencia del conglomerado nacional.

Desde entonces, profesor, con el espejo de tanta crueldad, saqué conclusiones dolorosas. Pienso que los principios revolu-

cionarios siempre serán un mito al no lograrse poner en práctica los postulados sentados, base del triunfo, si desde un principio no se descartan de los puestos directrices a los irresponsables que contribuyeron a la victoria.

—Esta última observación, al divulgarse, pondría una pica en Flandes.

—No tanto; flota en el ambiente, se tropieza con las necesidades que nadie intenta remediarlas, menos pararse a oír el reclamo general. Si a mí me ve pobre y mal vestido, pero tranquilo, se debe a los cuidados puestos al arrojarme a las corrientes sinuosas, llevando a mano la conciencia, como mi propia lámpara de salvación.

—Te oigo y no te conozco; ya veo que tienes tu propia filosofía.

—La tengo porque la he creado de acuerdo con mis postulados cristianos. Si soporté el espectáculo bárbaro de las crueldades del cuartel, lo hice deliberadamente, con el propósito de poner a prueba una vez más, la educación que me inculcara mi madre. Es cierto que el alcohol me ha envenenado la sangre, no así el alma. A cada paso libraba batallas con mis sentimientos, aunque no dejo de reconocer, de vez en cuando sentía algún lenitivo con la camaradería del mayor de plaza, coronel de escuela, valiente y generoso, responsable de sus actos, —diríase el oasis de los oprimidos—. Venía a hacer algo así como amortiguador entre el despotismo y la víctima, siempre que la clemencia de él dependiera.

—Creo que tu calvario no te dejó tiempo para lucir tu arrogancia militar.

—Antes bien, fué un año de sinsabores, de amarguras, de castigos por estar obrando en cierto modo, —entiéndase bien—, contra mi conciencia. ¡Eso sí, profesor, se lo juro por las cenizas de mi madre, (que de Dios goce), de llevar la íntima satisfacción de no haber maltratado a ningún individuo que el comandante me ordenara. Al no cumplir los desafueros, mi estado de zozobra por desobediencia me tenía de correr al pensar que tarde o temprano averiguaría la verdad.

Cansado, pues, de tanto vejamen, una noche me deserté del cuartel al saber que me obligaría a matar a un pobre luchador por imaginarias suposiciones.

—Cuenta, hombre, debe ser muy interesante.

—Alguien se robó un lote de relojes del comisario de la compañía. El comandante, que se tomaba atribuciones de policía, no sé por qué torpezas sospechó de un joven nicaragüense, dedicado a la compra y venta de granos.

Una vez reducido a prisión, «¡qué venga Glifo!» —rugió— y al no dar conmigo por ningún lado, ordenó al mayor de plaza: «Saque a la playa a media noche a ese ladrón; primero lo apalea y si no canta dónde tiene escondidos los relojes, ¡lo fusila!»

Con la complicidad de las tinieblas, llevaron a la orilla del mar al prisionero.

Una vez en el cadalso, pensó el nicaragüense que de nada le valdría alegar inocencia.

Entonces, al ver a la escolta disponerse a torturarlo, se dirigió al mayor: «Vea, coronel; ya que ustedes lograron descubrir el robo, no hay necesidad de maltratarme; yo le prometo en estos momentos devolver los relojes».

—¿Dónde los guarda?

—En mi cuarto del hotel.

El coronel, que era militar sensato, en presencia de la confesión del *delito*, consideró inhumano hacer uso del garrote, conduciendo el detenido al hotel.

Una vez en el establecimiento, el nicaragüense llamó con premura a las puertas de dos o tres pasajeros, quienes alarmados se levantaron en payamas, preguntándole con sorpresa:

—¿Qué le pasa? ¿En qué podemos servirle?

—Dispensen, señores, que a una hora inoportuna los haya despertado, pero obligado por circunstancias muy especiales, me permito apelar a ustedes que saben de mi honradez, para que se den cuenta, que el señor mayor de plaza, aquí presente, tiene instrucciones de fusilarme por sospechar el comandante de armas que soy el autor de un robo de relojes. Como me considero inocente y no queriendo que mi asesinato pase inadvertido, les pido por favor que avisen de lo ocurrido a mi cónsul a fin de que mi familia sepa donde quedaron mis huesos.

Hubo un corto silencio de indignación que la víctima supo aprovechar para dirigirse por último al jefe de la escolta:

—Ahora, coronel, estoy a sus órdenes.

El mayor, visiblemente desconcertado con el magistral golpe de inteligencia, al momento lo puso en libertad.



—Días después, llegó un periodista a tomar apuntes sigilosos de lo ocurrido y oyó decir al testigo principal: un espíritu sereno, que no pierde la ecuanimidad en semejantes o parecidos trances, tiene todas las probabilidades de salir victorioso sino vacila, y en forma resuelta encara el peligro como lo hizo con tanto aplomo el joven nicaragüense.

A continuación causó mucha gracia el parecer de la camarera del hotel, india de Intibucá. Sin que nadie se lo pidiera, se dirigió al cronista: «Vea, señor, ese hombre aterró al coronel con palabras».



Ser agraviado no es nada, a menos  
que uno continúe recordándolo.

*CONFUCIO.*



## *Atraco con el Timo de la Gallina*

**-P**APA, ¿qué quiere decir niño precoz?

—¡Ah, hijo; que se pasa de listo!

—No entiendo.

—Que sabe más que sus mayores.

—¿Y qué el profesor?

—También. Y para mejor comprensión, te voy a ilustrar tu pregunta con una historieta que me refirió un alto empleado de policía en la administración de Estrada Cabrera.

Ocurrió, que el doctor Aguirre, hombre achacoso y enriquecido con los esquilmos al tesoro público desde el Ministerio de Hacienda, cargo que desempeñaba con o sin el beneplácito general, acostumbraba a pasar todos los días por la plaza Colón, casi a la misma hora, rumbo a su despacho.

Una tarde, lo detuvo un rapazuelo para proponerle:

—¿Doctor, me compra esta gallina de monte?

—No, hijo, tal vez mi mujer.

—Por favor, doctor, ¿qué hora tiene?

El funcionario se llevó la mano al bolsillo del chaleco y al no encontrarse el reloj, se lamentó:

—¡Qué lástima, hijo! Lo olvidé en la mesita de noche.

El niño, que era más listo que el mismo ministro, se excusó, y rindiendo a la vez las gracias, se fué directamente a casa del doctor Aguirre.

Al llamar, por medio del timbre, la sirvienta le preguntó, «¿qué se le ofrece?». Muy interesado, repuso, que avisara a la patrona, que el conserje del ministerio deseaba hablar con ella.

La señora, creyendo que algo malo le sucedía a su marido, al momento lo hizo pasar a su presencia.

—¿Qué deseas . . . , hijo? —preguntó con tristeza—.

—Nada, señora; es que el doctor aquí le manda esta gallinita de monte para que la suelte en el patio.

La dama, al contemplar la extraña ave, de aspecto señorial, de plumaje como salpicado de estrellas, exclamó: ¡Qué preciosa! ¡Suéltenla en el jardín!

El niño, al contemplar la satisfacción causada por el «regalo», agregó:

—También dijo que le mandara el reloj que había olvidado en la mesita de noche.

La matrona, sin soltar palabra, se fué directamente al dormitorio de su marido, y efectivamente, al encontrar la prenda se volvió al chico a preguntarle, desconfiada:

—Pero bien, hijo; ¿tú quién eres?

—El conserje del ministerio, señora.

Como ella guardara silencio, algo así como haciendo conjeturas, el niño aprovechó el momento para reforzar su posición con más desenfado:

—Si usted desconfía, mande a la criada conmigo.

La actitud resuelta del muchacho, logró que la dama aflojara su tensión nerviosa para decirle en el preciso instante de la llegada de visitas:

—¡Qué voy a desconfiar, menos de un empleado! Toma el reloj y dile que estoy encantada del regalo.

La dueña de casa, todavía con el seño arrugado por la incertidumbre, se entretuvo atendiendo a sus amistades y luego olvidó de averiguar hasta dónde sería cierto el asunto del reloj.



Quando el doctor Aguirre retornó del ministerio, ya en su casa se encontraban esperándole, dos o tres amigos de los que en tales

ocasiones suelen llamarse íntimos, y que en la primera desventura del protector, se tornan en públicos detractores.

La esposa, pues, algo impaciente, tuvo que resignarse a esperar la hora de la cena para abordar a su marido.

—¡Qué lindo regalo!

—¿Qué regalo?

—¡El de la gallinita, tan chula!

—¿Cuál gallina?

—¡Eh! Qué luego te olvidas de las cosas.

—Francamente, no atino a comprender lo que quieres decirme.

—Pero hombre, te hablo de la gallina de monte que mandaste.

—Si no te he mandado ninguna.

—¿Ahora vas a decir, que tampoco mandaste al conserje por tu reloj?

—Bueno, aclaremos este embrollo.

Los esposos se miraron inteligentemente. Sin entrar en detalles, tal vez por no perder tiempo, llamaron al coronel Polanco, renombrado funcionario de policía, a fin de que se hiciera cargo de lo sucedido.

En los breves pormenores se llegó a la conclusión, de que el doctor había sido víctima del timo de un reloj de oro, valorado en quinientos dólares, a cambio de una inocente gallina de monte.

En el mismo instante, el juez ejecutor se presentó en casa de las visitas que horas antes presenciaran los hechos. Los detalles registrados arrojaron más de los informes deseados, acerca de la edad del niño, raza, estatura, color, ropas, etc.

Con tan preciosa información, el coronel Polanco movilizó todo un batallón de gendarmes en persecución del caco y la joya. Se removió cielo y tierra, no sólo en la capital, en los departamentos también, registrando bolsas y valijas en las aduanas terrestres y marítimas. ¡Todo inútil! Al niño precoz se lo había tragado la tierra y con él correr de los días, el robo se archivó.



Meses después, una tarde que la esposa del doctor Aguirre se encontraba atendiendo a la tropa de sus visitas, entró un niño sudoroso, cansado y con voz agitada, gritó:

—¡Señora, dice el doctor que le mande la gallina!

—¿Para qué? —preguntó asombrada—.

—¡Ya capturaron al ladrón y quieren identificarlo!

A una orden de la patrona, los sirvientes acorralaron la gallina y se la entregaron al mensajero.

Al partir veloz el niño sudoroso, la señora, muy complaciente, cambió de conversación para referir nuevamente a su público, los detalles del extravío del reloj, detalles un poco borrosos por la acción del tiempo.



Por la noche, que el señor ministro regresó de su despacho, la esposa inquieta, le preguntó:

—¿Al fin, identificaron al ladrón?

—¿Qué ladrón?

—El del reloj.

—¡Oh, mujer! ¿Todavía te acuerdas? ¡Echalo al olvido!

—¿Entonces, para qué mandaste por la gallina?

—¿Y también el pícaro se llevó el animalito?



—Bueno, hijo: ¿pusiste atención a la historieta?

—Sí, papá; pero según tu cuento, el chico no era ningún niño precoz.

—¿Qué era?

—Un sabio.

Pavesas que el viento  
no deja estibar



## *Habla el Hombre de la Calle*

**A**YER por la tarde busqué en la plaza del mercado los servicios de un mecapalero para trasladar mi catre a nueva residencia.

Al pagarle su trabajo, le regalé un pantalón, más o menos en buen estado. Se lo dí envuelto en el diario del día.

Al expresar su agradecimiento, entablamos un corto diálogo; el hombre se hacía escuchar en forma amena; no obstante haber cursado hasta el tercer grado de la primaria, demostraba inteligencia cultivada. Las necesidades de su hogar le obligaron a abandonar los estudios a fin de ayudar a su madre y tres hermanos menores, optando por ganarse la vida en tareas duras, como la de cargador, hendedor de leña y otros menesteres que requieren salud y fuerza.

No podía «perder» tiempo en aprender un oficio: el sustento de los suyos no era cuestión de aplazarlo. Solamente la llegada de la noche era para él un gran deleite: descansaba y leía.

Con el paquete bajo el brazo se disponía a marcharse cuando se fijó en un crucigrama impreso en una de las esquinas del periódico, momento que aproveché para decirle:

--Ya tiene con qué distraerse al irse a la cama.

--No señor --repuso--, el hombre que pierde su tiempo descifrando crucigramas, da la medida de lo que vale y promete.



Por la noche, al llegar a mi barbería predilecta, en los mismos momentos entraba un caballero elegantemente vestido, de sim-

pática apostura. Dió un vistazo y al notar que las sillas se encontraban ocupadas, se sentó a esperar su turno, instantes que aprovechó, de manera vehemente, a descifrar crucigramas.

En un momento que alzó la vista para ver si ya podía ser atendido, le interrogué:

—¿Parece que le apasiona el crucigrama?

—De los periódicos y revistas es lo único que me interesa.

—¿Qué estudia usted?

—Abandoné la universidad para dedicarme al comercio.

Inmediatamente traje a la memoria la opinión del pobre mecapanero: «El hombre que pierde su tiempo descifrando crucigramas, da la medida de lo que vale y promete».

## *Perversidad en Acecho*

**S**E ordenó que saliera el Batallón Lempira al mando del brigadier Carne de Perro, seguido de sus oficiales.

La tropa caminaría a pie y los jefes a caballo por las serranías del oriente de la república. El viaje tardaría dos meses, haciendo cortas paradas en pueblos y caseríos.

En los primeros quince días de caminata, la moral de la fuerza andaba por los suelos en vista del relajo del juego de dados entre oficiales y soldados, al extremo de robar gallinas y cerdos por los perdidosos, quejándose las víctimas al ministerio respectivo, ya que Carne de Perro había perdido el principio de autoridad.

Una noche, un sargento primero tuvo tan buena suerte, que barrió con la plata de todos los contrincantes que «paraban» sus ahorros o su sueldo. La segunda, tercera y demás noches, la suerte no abandonó al sargento. Llegó a tenerse como el banquero del batallón por la batida infringida, no con el rifle, sino con el dado a los hijos de Birján.

Un oficial, cajero de la tropa, que había perdido fuerte cantidad, se dió la treta de mandar diariamente a un soldado con pocos pesos a probar la suerte del ganador, y el sargento, con el Dios del Azar de su parte, continuaba recogiendo los sueldos que el pagador distribuía entre los soldados del batallón.

Al fin, faltando una jornada para completar el tiempo fijado de la expedición, alguien dijo al oficial: «hoy el sargento amaneció de tuerce, está perdiendo».

El oficial no se hizo esperar y se encaró con el dichoso. Al principio se tantearon ambos con sumas breves; pero al ver al sargento que había perdido dos albuces seguidos, abrió su cartera y jugó grueso. En esta ocasión, la suerte estaba de parte del oficial que hacía días venía atalayándole, espiando el instante falso hasta conseguir dejar sin con qué almorzar al pobre subalterno.

El sargento, al verse sin un centavo, dijo, algo tristón:

—Capitán, me ha arruinado.

—No te preocupes, hombre; aquí tienes un peso para un tiempo de comida.

## *Nueva Rica*

**E**L abogado Soplete, hombre entendido en las costumbres de nuestros aborígenes, gusta discutir con los amigos que sienten la misma afición.

En su oficina disertaba sobre las orificaciones de los odontólogos mayas, hechas de jaspe. En esos momentos interrumpió la plática una mujer que entró con aire huracanado, vestida con finas telas, mal cortadas y mal llevadas.

—Tengo urgencia, licenciado —principió— de que me haga en estos momentos la escritura de la venta de una propiedad, y al mismo tiempo, me saque copia del testimonio para registrarlo hoy mismo.

Por tratarse de un trabajo extra, el abogado hizo a un lado otros compromisos y procedió a complacer a la dama.

Una vez satisfechos los deseos de la nueva clienta, el abogado le preguntó:

—¿Qué tal le pareció la rapidez de la escritura?

—¡Maravilloso, licenciado, maravilloso! Si todos los profesionales trabajaran como usted, estaríamos en la gloria.

—Mucha honra, señora; mil gracias. Y a propósito, ¿dígame si podré mañana pasarle el recibo?

—Perdone no poder cubrirlo; el dinero que recibí se fué de paso.

—No se apure, se lo pasaré cuando usted me lo indique.

—Ya que es tan gentil, pásemelo el año entrante, en la misma fecha.

—Con mucho gusto, señora.

Se despidió con un apretón de manos y salió muy campante, sin considerar que se trataba de un profesional joven, recién abierto su bufete, escaso, como es de suponer, de fondos.



Pasaron los meses y el veinte de diciembre del siguiente año, el profesional pasó el recibo acompañado de una cartita en la cual reseñaba el historial de la cuenta por si la clienta lo había olvidado.

Fué pagada en el acto con un muchas gracias.

El proceder de la nueva rica sirvió de tema a los empleados del bufete.

El secretario que conocía el asunto, no culpó a la señora, sino a su incultura; una mujer venida del fondo de la gleba, que de la noche a la mañana amanece enriquecida, no puede improvisar las buenas maneras ni el modo de corresponder a una gentileza.

La grosería, pues, de la dama y la bondad del profesional, no vino a probar falta de escuela, sino de educación, precioso don que se nace con él y se fortifica en el hogar o se aprende a remedarlo por medio del trato social.

## La India de Soroguara

**D**ESDE chica venía a la capital y frecuentaba con su abuela la misma posada.

Ya grandecita, al apear la venta, lo primero que hacía era regalar a la dueña de casa, yuca cocida y matazanos maduros a fin de mantener grata la entrada.

Una vez secado el copioso sudor y guardado los caites, se iba al mercado al compás del trote peculiar de las mujeres de su raza, bajo el peso del canasto de plátanos caribes y guanábanas, rezongando de cuando en cuando a los guijarros que le mordían la planta de los pies.

A su lado, el hijo de siete años, con las alforjas infladas de patates tiernos.

A continuación, los seguía *caña brava*, perrito garrudo —hecho hombre— de tanto verle la cara al tigre en las noches de ronda por el chiquero de los cerdos.

Esa mañana, al pasar frente al portón del nuevo ratero social, como un obús saltó un perrazo sobre el animalito sepultándole materialmente entre las patas.

La india indignada, ansiosa lo animaba con gritos de rabia.

*Caña brava*, al oír la voz de la ama, recordó los peligros del chiquero, reaccionando al instante, quitándose la montaña de encima al desverijar de una dentellada a su descarado agresor.

Ella, al ver huir a la cobardía envalentonada, lo apostrofó:

—Ah, desgraciado . . . ¡Sólo vos querés ser perro!



## *No Creo en la Reprisalia de Dios*

**N**O sé que pompas litúrgicas celebraba el arzobispo en la iglesia parroquial, precedido del estado mayor curial, al son de repiques, cohetes, carrera de bombas y música sagrada.

Los curiosos veían con ojos de buéy resignado a los invitados, de rigurosa etiqueta.

Como el espectáculo llamara la atención, frené el paso, al contemplar la numerosa concurrencia.

En esos momentos, un viejo pasó frente a la puerta mayor y se descubrió dibujando, con el sombrero en el aire, meticulosas reverencias; a continuación, otro viejo también le imitó; un tercero, hizo lo mismo. Yo, al observar los desplantes teatrales, asomé a mi cara la mueca de turno, la precursora del agrio estomacal, llamando la atención de otro espectador, quien al medirme de pies a cabeza con la mirada, me reprochó el gesto con autoridad fanática:

—¡Qué mueca tan repugnante la suya, señor!

—No es repugnancia sino desconsuelo el que siento por los viejos al demostrar su untoso servilismo, al pasar frente a los templos.

—¿Servilismo ha dicho? ¡Es una blasfemia que Dios no le perdonará!

—Dios no gusta del incienso. Dios ama al hombre sano, (no importa la edad), exento de hipocresías y mixtificaciones.

—No quiero continuar hablando con un hombre que de seguro no va a misa.

—Ha dicho la verdad. Mis ocupaciones son ¡tantas!

—Ah, ya comprendo. Su encono a los religiosos viene de su ateísmo.

—No confunda las cosas. Analícelas. Si tengo mala voluntad a los viejos que se descubren frente a la iglesia, es por el interés que demuestran de congraciarse con Dios para que les perdone los pecados. ¿Por qué no lo acostumbraron desde jóvenes, no ahora que tienen un pie en la tumba?

—No, señor, cortemos la plática; creo que usted está tocado del diablo al dar la impresión de un malabarista del embuste; pero sepa que a mí su palabra no me convence. ¡Allá arriba está quien lo llamará a cuentas!

—¿Sabe usted lo que dijo Elías, el profeta?

—Acabemos de una vez y explíquese:

—Pues dijo: «Trabaja y obra honestamente; eso cuenta más que un ruego».

Conste que crecí y vivo bajo la fe cristiana; pero no temo a la represalia de Dios, ya que veo mi conciencia limpia de toda impureza. En mi vida he sido tan generoso, que llevo la satisfacción íntima de haber salvado a más de una alma de la miseria y de la muerte.

No creo que exista castigo para quien olvida el nombre de Dios sólo por hacer el bien.

## *Maestras sin saberlo*

-¡O LE!, profesor, ¿cómo le va?

—Muy bien, gracias, ingeniero.

—Esas gracias las recibo como insulto.

—Quiere que responda, ¿muy mal?

—Claro; su aspecto desnutrido, su traje raído, en fin, toda su persona revela crisis.

—¿Entonces ignora que soy maestro, veterano de la primaria?

—Yo también, profesor de la Facultad de Ingeniería.

—¿Por qué confunde al maestro con el profesor?

—¿Existe, pues, alguna diferencia?

—Maestro es el que enseña; profesor, discursa. Nosotros echamos los cimientos para que ustedes levanten el edificio.

—Ignoraba esa clasificación.

—Estas cosas no se aprenden en los textos, sino en el curso de nuestro calvario.

—Bien; no quiero enfrascarme en una discusión por una simple pregunta: me doy por vencido, usted ganó.

—¡Qué voy a ganar! Usted, ingeniero, resultó ganancioso por haber aprendido un detalle del ejercicio de la profesión, que posiblemente no sospechaba.

—Usted es dueño de una dialéctica que sólo siendo maestro podría comprenderlo. Emplea el egoísmo cuando le conviene y lo baraja también.

—En esta conclusión sí estoy de acuerdo con usted. Al contestarle que me encontraba muy bien, como lo hago con todo mundo, es con el fin de no proporcionar ningún placer a los «amigos». En tales ocasiones, echo mano del egoísmo para infundir optimismo. Esto lo hace todo hombre de responsabilidades. Yo, por ejemplo, vivo contento, estimulado con el espectro desnudo del hambre frente a mi cátedra; al verlo más andrajoso que a su servidor, me siento con entusiasmos, un gigante, soy feliz.

—Ese estímulo del espectro no me lo trago. Le repito, para sentir y expresarse como usted, sólo siendo maestro.

—No, ingeniero. A falta del hálito espiritual que poseemos para dar vida a otros, organice sus conocimientos, posesiónese de ellos y verá los resultados, llevándole de sorpresa en sorpresa. De gentes sencillas yo he recibido preciosas enseñanzas. Mi vecina, la costurera, apenas conoce el abecedario. Anoche le oí algo tan sublime, que yo, ducho en la enseñanza, no se me hubieran ocurrido sus respuestas.

—¿Qué dijo?

—La encontré rodeada de sus dos niñas: una de cinco y la mayor de seis años y medio. Las tres hojeaban una revista ilustrada. La más chica, al reparar en un ramo de rosas, preguntó:

—¿Qué es esto, mamá?

—Flores.

—¿Dónde viven las flores?

—En el jardín, hija.

La criatura quedó pensativa; luego gritó alborozada:

—¡Vieras, mamá; en el patio de Panchita hay un naranjito que ya está grande!

—¿Qué zamarro, cómo está creciendo!

La mayorcita, estimulada por las observaciones de la menor, dió vuelta a la página siguiente y al ver un paisaje nocturno, inquirió:

—¿Quién puso allí, la luna, mamá?

—Dios, hija.

—Ahora, ingeniero, ¿qué opina de una mujer que apenas sabe leer y se expresa en forma tan bella?

—Que las madres, sin saberlo, son la fuente donde abreven los futuros maestros.

—Me alegro caminar de acuerdo con usted. La señora no necesitó de ningún título para ponerse a la altura de cualquier mentalidad, en su género; únicamente echó mano de su corazón para mostrarlo a sus niñas: este es el camino de todo el que se dedica a la enseñanza.



## *No Suplique, Menos a la Muerte*

**H**OY por la mañana, como todos los domingos, vino mi lavandera con la ropa limpia. Como tenía deseos de charlar, le pregunté si era casada.

—Cuando mi padre murió —repuso— yo tenía dieciséis años. Desde entonces lavo ropa ajena. En mi juventud nunca se me presentó una oportunidad aceptable, que me conviniera para contraer matrimonio. Borrachos y mal entretenidos solicitaron mi cariño y yo tuve el coraje suficiente para rechazarlos, perdiendo al poco tiempo toda esperanza. Además, si perdí la ilusión fué por haber llegado al convencimiento —tal vez estoy errada— de que a una lavandera pobre no se acercan hombres más o menos limpios de conciencia.

El calvario de mi vida lo principié a recorrer al cumplir los veintidós. En esa época se me cayeron los dientes y aunque contaba con los ahorros necesarios para reemplazarlos, no quise. Pensé que luego moriría y ese dinero, mejor supliera algunas necesidades de mi familia.

Cuando cumplí los veinticinco, tuve un vago deseo de comprarme dientes nuevos, pero me hice la misma reflexión: ya me voy a morir y para qué gastar en placas postizas?

Al fin de cuentas, cuando yo esperaba resignada despedirme del mundo, la muerte nunca me hizo una seña.

En estos días cumplo los treinta y mi desesperación no tiene límites.

—¿Considera grave su estado de ánimo?

—Figúrese, patrón; ahora que estoy medio vieja, me han entrado unos deseos incontenibles por ir a mi pueblo, Orocuina, en busca del resto de mi familia y no voy porque me da vergüenza que me vean sin dientes.

—¿Qué le impide ponérselos?

—Ahora tengo el presentimiento de que al sólo llegar a la clínica del dentista, me muero. Yo que tantos años esperé resignada entregar mi alma a Dios, hoy temo el desenlace sin haber antes abrazado a los míos. Esta es mi situación: encontrar los medios de suplicar a la muerte, que me espere mientras me despiden de mis hermanos. ¿Qué me aconseja?

—Reaccione. La muerte tiene su lado flaco. No la suplique: estúdiela y aproveche la primera oportunidad de montarla e hincarle los talones y la guía con las bridas de su fuerte voluntad.

—Muy bien. Hoy me pongo los dientes y me voy a morir cuando me dé la gana. Gracias.

## *Frescura y Filosofía de Ladrón*

UN hombre de flamante gabán, llegó a mi oficina con un paquete bajo el brazo.

—Dispense, licenciado, si he llegado muy temprano, fuera de sus horas de trabajo, a interrumpir el ordenamiento de sus quehaceres.

—Pierda cuidado, si se trata de algo importante.

—Sucedre que dispongo de poco tiempo; el avión dentro de una hora alzaré vuelo y úrgeme marchar, salir del país.

—Hable.

—Soy el jefe de una cuadrilla de ladrones. Anoche mis subalternos, en un momento que les faltó la serenidad, al robarse las joyas de la familia Oyuela, se trajeron los ahorros de la sirvienta. Como usted comprenderá, se trata de una infeliz mujer que a saber a costa de cuántos sacrificios había logrado reunir unos pesos, dinero que estamos dispuestos a devolverlo por su medio, previa declaración que firmaremos para salvar su responsabilidad, a fin de que no se le vaya a culpar por no habernos delatado a la policía.

—El caso suyo, caballero, se presta a muchas consideraciones. No es cuestión de resolverlo de porrazo.

—Vea, licenciado; en mi vida de embaucador, de estafador, de malabarista con el dinero ajeno, nunca he lastimado a ningún «cliente». Sé, por mis frecuentes contactos con delincuentes, que el individuo que mata para robar, desde ese momento la justicia le persigue.

Los hombres de mi escuela saben que un simple arañazo es suficiente para intranquilizar la conciencia, ya no hay reposo; dentro de un plazo más o menos corto, se va a la cárcel.

El ladrón que lesiona por despojar al vecino, no sabe robar, es un torpe.

Los ladrones que comen sin zozobras —como su servidor— deben engañar, timar, valiéndose de recursos de alta escuela, que reflejen sus hechos, golpes de fino ingenio. Que no hieran, que no causen desgracias, que dejen un recuerdo de inteligencia. Con esto se consigue que la víctima pronto olvide el «percance», sin haberlo delatado a la autoridad.

—Lo siento que su dialéctica no me convenza en esta ocasión.

—¿Qué camino me aconseja?

—Vaya al correo y certifique el paquete recomendado al joyero robado.

—Gracias; aquí tiene su pago, y le felicito por ser un profesional con perspicacia de ladrón, de los que nadan sin mojar la ropa.

## “Patriotismo”, Ruina de los Pueblos Laboriosos

-¿H A tenido oportunidad de ver, en tiempos de paz, los predios cultivados?

—La primera vez que visité una alquería me sentí poseionado de una fruición inolvidable, al sentir de cerca el rescoldo del seno de la naturaleza. ¡Qué bellos paisajes bajo el intenso azul tropical! ¡Qué delicia vagar entre vallas de pinares, al son de las sonatas que el viento canta al paso por las hojas de los robledales! Contemplar los campos florecidos de jacarandas y orquídeas silvestres; el surco que se abre al golpe del pujaguante; los frutos maduros, el potro correteando las yeguas, las vacas mugiendo en el corral y la niña más bonita echándole maíz a las gallinas. ¡Oh, es la suprema delicia del hombre que temple con el sudor de la frente el arado del porvenir!

—¿Y en los tiempos de guerra?

—¡Oh, qué horrendo! Al día siguiente aquello ya no era la alquería que yo contemplara: un montón de escombros: ganado, pastores, siembros, casas y dueños había sido arrasado, bajo los cascos de los caballos y ruedas de los cañones. De las ruinas aun queda el abono que cultiva el odio.

—Supongo que alguien reconoce las pérdidas.

—De las vidas, Dios; de las materiales, nadie. Todo fué destruido «en nombre» de la Patria.

—¿Será posible?

—Convénzase, que el patriotismo divulgado como bandera por los patriotereros, arruinan la vida de los pueblos laboriosos. Echan mano de él para saquear el ahorro de los hombres de trabajo.

## *Ojo Frío, Amigo Mío*

**A**L doblar la esquina de Catedral, dí de narices con Alfeñique, viejo comisionista venido de Gazapera con tan buena suerte, que al año ya había levantado casa de dos pisos.

—Ya sé de dónde vienes —dije—.

—Si adivinas, te invito al aperitivo.

—Del Banco.

—¿Cómo lo supiste?

—Te ví al salir por una de las esquinas laterales.

—Aunque no vengo de hacer depósitos, me hablaron para servir de testigo de un préstamo hipotecario. Al llegar, encontramos al gerente muy entretenido asesorando a un neófito, corredor de bienes rústicos. Después de cerrar cualquier negocio —le decía— no vuelva a hablar del asunto; es peligroso desbaratar lo hecho, si no se tiene la plata en la bolsa; y muchas veces aun teniéndola, una palabra mal interpretada puede arruinar la transacción que tal vez costó meses de paciente persuasión a fin de llevarla a favorables conclusiones. El agente comisionista debe estudiar cada caso de manera distinta, sin olvidar que los negocios tienen mucho de azar; muéstrase diplomático en los espinosos; gentil, obsequioso, en los buenos resultados; poco caballeroso, en los que afecten la raíz de las compras o ventas.

En San Pedro Sula —continuó— cuando yo era un joven inexperto, vendí a la señora de Gualdrapa, una caja de hierro de guardar caudales, por mil dólares: doscientos cincuenta al contado y

el resto a plazos. Firmado el contrato, la clienta procedió a contar el anticipo.

Cuando ya había amontonado a duras penas doscientos cuarenta dólares, los diez restantes los ajustó con fichas de cinco y dos centavos, rastrillando los rincones de las gavetas.

Yo, al ver la suma apilada sobre el mostrador, alargué la mano y comencé poco a poco a echarla dentro del bolso de cuero, momento que aprovechó la clienta para decirme: «Estoy arrepentida, señor». Yo, sin reflexionar, contesté: nuestra casa, señora, trabaja con toda honradez, nada de forzamientos. Si usted está arrepentida, aquí tiene su dinero.

Inmediatamente volvió a recoger su plata, y arrojándola dentro de un cajón, me arrebató el contrato de las manos, haciéndolo pedazos. Todo esto pasó en cinco segundos.

Quedé perplejo —concluyó el gerente—; había recibido una lección que me resultó provechosa en el porvenir.



Un viejo lobo que escuchaba el caso, habló en forma dogmática, afirmando que las operaciones comerciales carecen de reglas fijas.

Alfeñique, expeculó:

—Usted, hombre de experiencia, por algo lo dice.

—¡Imagínese!, que ya confirmada una negociación, un rasgo de cultísima atención la deshizo.

—Qué curioso, ¿cómo fué eso?

—Mr. Witt, casado con hija del país, me habló para vender su casa de habitación por ser demasiado grande, ya que no tenía hijos ni pensaba tenerlos.

Después de varias combinaciones, logré fijar la permuta de su propiedad por otra más pequeña, más diez mil pesos en efectivo. Hechos los arreglos, ambas partes aceptaron. Pero antes de firmar la escritura, los interesados desearon conocerse previamente, logrando concertar la entrevista en casa de la persona que daría el dinero en efectivo, casado con una bella mujer, de finos modales.

A las ocho de la noche principió el prólogo de las presentaciones. Después de abordar el asunto y confirmarlo en todas sus partes, transcurrieron tres horas más entre música, copas y atenciones de la dueña de casa.

El extranjero, al retirarse, una vez más confirmó el negocio, a fin de firmar la escritura al día siguiente por la mañana.

Y sucedió lo inesperado: el rasgo de atención de la hermosa mujer, desbarató lo pactado. Mr. Witt tenía diez años de casado y nunca había llegado después de las nueve de la noche a su casa, y en esta ocasión llegó mareado a las once. La esposa, hecha un mar de lágrimas, sólo hablaba de separación, de inmediato divorcio: ¡los celos dieron el tiro de gracia al trato!



## *La Cena del Señor*

**L**OS viajeros extraviados lograron llegar a un rancho de la falda montañosa, calados de agua y frío hasta los huesos.

Con palabras corteses, pero desesperadas, pidieron de comer a la dueña de casa, una idiota de aspecto bondadosa, quien un poco extrañada, propuso: «Si se conforman con lo que aquí se come, no tengo inconveniente».

Los extranjeros se encontraban tan cansados y hambrientos, que respondieron: «Dénos cualquier cosa, pero dénos».

Dichosamente el fogón, como en todas las selvas, encendido con leña de roble, mostraba las grandes brasas rojas, y de cuando en cuando se alegraba con sonrisas de chispas artificiales, dando a entender su contento por hallarse listo a todo menester.

La señora colocó en sus cuatro hornillas cuatro sartenes de barro con manteca vegetal.

Con la prontitud que impulsa un buen deseo, puso sobre el tablón de moler maíz —que serviría de mesa— un pequeño racimo de ricos plátanos dátiles, a manera de entremés.

Con las hijas mayores se distribuyó el trabajo, y fué de ver a las mujeres despescuezar y asar pollos; freír plátano macho pintón, que haría las veces de pan; chorizos de cerdo silvestre, huevos estrellados revueltos con tomate; tajadas de aguacate con queso y cuajada; servir mantequilla rala con frijoles chiles. De postre miel de abeja con requesón.

Mientras los viajeros terminaban el último plato, comenzaba a hervir la caldereta, llena de café caracolillo con leche fresca.

Al servir la bebida lo más caliente posible, con quesadillas horneadas y ver que se embriagaban con la fragancia, la señora les preguntó:

—En su tierra, ¿qué acostumbran de cena?

—Ancas de rana, ostras envueltas en tocino, bistec con salsa de hongos, consumé de huevos y otras variedades, fuera de los vinos; pero francamente, señora, su comida, por lo sano, olorosa y agradable, no la cambiamos por la nuestra.

—No señores, no es posible: el apetito está hablando por ustedes.

—Crea que somos sinceros: nuestra alimentación es de lujo, servida con orquesta; mientras la suya es de la selva con música del arroyo, amasada con la pureza de sus aguas y pastos de la montaña.\*

La señora, no encontrando palabras con qué corresponder, se limitó a agregar:

—Es la comida conque el Señor bendice esta casa.

Apólogo, Ave sin espacio en la  
Estrecha Bóveda del Cielo



## *La Palanca de Oro*

**-E**L prisionero pagará en oro lo que pese.

Era un joven bello y valiente; atraía su arrogancia, pero no pesaba lo suficiente en la conciencia del árbitro de vidas y haciendas para salvarle de la muerte: carecía de bienes materiales.

El día señalado para conducirlo al patíbulo, su pobre madre, arrodillada a los pies del vencedor, imploró una tregua por mientras conseguía el precio del rescate.

Se le oyó en su ruego.

Animada por una voz interior, anduvo las aldeas y pueblos que su hijo atravesara al ser conducido atado a la cuerda de los prisioneros.

Los aldeanos, al conocer los propósitos de la madre, que de puerta en puerta imploraba una limosna, prestos respondieron a las súplicas.

Las mujeres que habían sido cautivadas por la belleza y arrogancia del guerrero, fueron las primeras en desprenderse de sus anillos y otros objetos de valor.

Una esclava que a través de las celosías del palacio de su señor había visto conducir al Apolo cautivo, y careciendo de una prenda qué ofrecer, se echó a llorar entristecida....

De pronto, como iluminada por Dios, rápidamente se internó en la rica mansión, regresando con los collares de oro de los perros de su amo. Con alegría los depositó en manos de la madre atribulada.



Al retornar de los campos con el rescate, dedujo por el número de mulas cargadas, que traía veinte veces más de lo tasado. Este detalle ya lo sabía el vencedor por boca de sus emisarios, quien al tener conocimiento del próximo arribo, se anticipó a libertar al joven prisionero.

Los vecinos se mostraron asombrados al conocer el cambio operado: de la crueldad a la hidalguía.

¡Sólo la madre comprendió que era de oro la palanca que pedía Arquímedes para mover el mundo!

## Montaña y Llanura

**-D**ESDE mi escarpada atalaya —dijo la Montaña— veo con tristeza tu inmensa soledad.

—Y yo —contestó la Llanura— de la quietud de mi reposo me apiado de tu orgullosa inconsistencia.

—¿Inconsistencia? Eres tan corta de vista que no alcanzas a abarcar la base que afirma mi gran mole de granito.

—No es necesario mirar lejos para sentir en los días de lluvia el desprendimiento de tus rocas. Esto habla de futuros derrumbes.

—Mi grandeza acabará con el tiempo, en tanto me recreo con el bello panorama que tú morirás sin contemplar: el río lujurioso, despeñándose en cascadas; la primavera vistiendo los montes con la poesía de sus rosas, y la majestad de los volcanes —centinelas del horizonte— luciendo el gorro frigio de los crepúsculos.

— Cuando se carece de firmeza en las estribaciones, decir altura es lo mismo que decir inseguridad: no creo en la prolongación de tu placer. Si quieres probar, así como se hace con el vino añejo —catar la vida—, ven a mi estancia y verás cómo se desliza la existencia sin zozobras. Aquí al trote de las mulas se oye el acento dulce de los enamorados, los proyectos de los comerciantes, las observaciones de los sabios. En fin, comprende que el viajero que sube a tus picachos, con el abismo a los pies, se olvida de la ventura que pregonas, y sólo piensa en capiar la vida a la muerte. Fatigado baja de tus cumbres en busca de la paz que se respira en mi regazo.

—¿Y no has observado que el águila únicamente vuela sobre mis alturas?

—Así atisba mejor la presa que embellece la pradera.

—Dichosa que te conformas con el aire viciado de tus estercoleros.

—Prefiero la caricia del cierzo al vendaval que inflama tus espesuras.

## *Disciplina*

**E**N los corrillos ya era común ver al Arrojo, haciendo alarde de sus baladronadas.

Una vez, encontrándose en el campo, dió de narices con el Ingenio, oportunidad que aprovechó como en las tertulias, para hacer prevalecer sus jactancias, plantándole:

—¿Distingues aquellos ciervos, allá en el fondo?

—Sí, los diviso.

—¿Cómo harías para atraparlos en su propio sitio?

—Protegido tras los remos de un pájaro.

—¿Y si no hubiera pájaros?

—Envuelto en la capa del viento.

—¿Y si no hubiera viento?

—Me disfrazaría de ciervo.

—Hablas sin tomar en cuenta que el instante perdido en las situaciones de obrar con celeridad, conducen al fracaso.

—Bien, ¿tú cómo harías?

—¡Oh!, muy sencillo: para sorprenderlos caería sobre ellos, montado en una flecha.

—El huracán de la trayectoria los espantaría.

—Saltando sobre la copa de los árboles.

—En el bosque, la caída de las hojas son voces de alarma: denunciarían tu arrimo.

—Observo que dudas de mi poderío. Yo sólo necesito del tiempo que se gasta en un abrir y cerrar de ojos, para adueñarme del mundo, mientras tú emplearías años.

—Cálmate: para asegurar la victoria principia disciplinando tus fanfarronadas. El Arrojo muere al primer impulso, sino salta apoyado en la plataforma de la Inteligencia.

Baratillo



## *El Vividor*

**E**L primero de enero, fecha de regocijo general, me encontré al vecino Dandy, hombre afortunado en el arte de saber vivir sin trabajar.

Como notara su rostro descompuesto, abatido, de mal humor, le interrogué con voz más suave de la natural:

—¿Qué le pasa... querido? ¿Por qué tan triste...?

—Me acaban de decir una gran verdad, cosa que me ha dolido profundamente. ¡Fué una carga de dinamita explotada en mi propia cara!

—¿Quién fué el anarquista?

—¡Qué anarquista del diablo! En el parque central tropecé con un viejo amigo, mecánico de oficio, en estado de embriaguez.

—Bueno, ¿y qué?

—Sin mediar el saludo de rigor en un día tan solemne como éste, me escupió: «Ve, hombre; yo sé trabajar; tú sabes hacer dinero. Te felicito». ¿Qué quiso decir?

—Posiblemente nada. Debes tomarlo como simple borrachera.

—¡Nunca! Quiso decir que él suda la gota ganando honradamente el pan de sus hijos; que apenas dispone de un breve paréntesis al año para echarse a la calle y tomar unas copas. En cambio, que yo bebo a la hora que me viene en gana; ando mejor vestido; derrocho la plata a manos llenas; en fin, que soy un hombre envidiado por la holgura en que se desliza mi existencia. En resumen, quiso decir, que soy un ¡gran vividor!

—Siendo así, no debes incomodarte.

—¿Por qué?

—Porque reconoces tus pecados.

—Pero sucede que nunca imaginé, que alguien reparara en mi sistema de vida.

—No te muestres como un chiquillo: el reducido mundo que a cada uno nos rodea tiene paredes de vidrio.

## *Servilismo*

**A**L dueño del garage lo sorprendió la lluvia fuera de la oficina. Propietario de cien carros de alquiler, pidió por teléfono su auto privado.

Los encargados, al notar confusos que todos los choferes andaban en la calle, se miraron las caras.

Solamente el tenedor de libros, sin pedírselo, se ofreció conducir el carro del jefe.



El conserje, al observar lo ocurrido, se acercó al maestro de mecánica:

—¿Qué opina de la actitud del empleado?

—¿Por qué me falta al respeto haciéndome pregunta tan tonta?

—Creo no faltarle, por tratarse de un asunto esencialmente indecoroso, que lesiona la seriedad de todos los que trabajamos en este establecimiento.

—Sea más claro.

—Únicamente deseo saber, si usted opina como yo pienso.

—Bueno, ¿y qué piensa del proceder del tenedor de libros?

—Que es puro servilismo.

—De acuerdo, hermano.



## *Ironía Final*

**C**ARTAGO, Costa Rica, fué por algunos años el asiento de la Corte de Justicia Centroamericana.

Representaba a Honduras el ilustre jurisconsulto Carlos Alberto Uclés.

Cuando venció el tiempo de entregar su cargo a otro Magistrado, regresó al país.

Una mañana, en la cantina *El Bosque*, alguien le preguntó:

—¿Qué hace la Corte de Cartago, doctor?

—Como el pez en el agua: come, bebe y nada....



# GUIA DEL LECTOR

Páginas

Finalidades . . . . .	7
-----------------------	---

## EL CULTIVO DE LA PEREZA

La Botija del Muerto . . . . .	13
El Maestro de Tasajera . . . . .	21
Los Ahorros del Diablo . . . . .	27
Las Mujeres, como los Santos, hacen Milagros . . . . .	33
El Lado Flaco de la Vida . . . . .	41
Venado Agresivo y Tigre Diplomático . . . . .	51
Degollina sin Sangre . . . . .	59
Mi Matrimonio con la Tía de mi Esposa . . . . .	65
Cuente con lo Imprevisto . . . . .	73
La Muerte del Compadre García . . . . .	81
Mulas que Fueron por Cuernos . . . . .	89
Un Perfecto Fanfarrón . . . . .	97
Pensamiento Salvador . . . . .	103
La Clave del Bien y del Mal . . . . .	109
Cundo Maraita, para Servir a Usted . . . . .	119
Su Conciencia Era su Propia Lámpara . . . . .	129
Atraco con el Timo de la Gallina . . . . .	139

## PAVESAS QUE EL VIENTO NO DEJA ESTIBAR

Habla el Hombre de la Calle . . . . .	145
Perversidad en Acecho . . . . .	147
Nueva Rica . . . . .	149
La India de Soroguara . . . . .	151
No Creo en la Represalia de Dios . . . . .	153
Maestras sin Saberlo . . . . .	155
No Suplique, Menos a la Muerte . . . . .	159
Frescura y Filosofía de Ladrón . . . . .	161
«Patriotismo», Ruina de los Pueblos Laboriosos . . . . .	163
Ojo Frío, Amigo Mío . . . . .	165
La Cena del Señor . . . . .	169

## APOLOGO, AVE SIN ESPACIO EN LA ESTRECHA BOVEDA DEL CIELO

La Palanca de Oro . . . . .	173
Montaña y Llanura . . . . .	175
Disciplina . . . . .	177

## BARATILLO

El Vividor . . . . .	181
Servilismo . . . . .	183
Ironía Final . . . . .	185









BD  
H